

rogador

Elisa  
ó  
Los corazones solitarios  
(Novela psicológica).

FSAS  
012

Elisa  
 ó  
 Los corazones solitarios.  
 —  
 (novela psicológica)

por  
 Aldebaran.

—  
 1876.

FSAS  
 012

Savons nous ce que c'est que le bonheur d'une  
foi fervente ? Heureux cent fois, mille fois heureux l'hom-  
me qui croit et qui aime ! Pour celui-là, tout est beau  
et doré.

Alfred de Vigny.

# Introduccion.

## I

Por una de aquellas casualidades que parecen verdaderamente tener algo de providencia - les, sucediome <sup>al salir de la Universidad de Paris, en donde me educaba</sup> ~~para unos tres o cuatro años~~ una singularisima aventura.

Habia <sup>Me hizo, para probar mis conocimientos que</sup> ~~sido comisionado por una sociedad de sabios europeos, que me confiaran una mision de la que~~ Necesitaban ciertos datos estadisticos <sup>para lo cual deberia visitar las islas jonicas</sup> ~~que recorriese varios puntos de las <sup>islas jonicas</sup> ~~islas jonicas~~, tanto <sup>las</sup> Grandes como pequeñas, y tomase en ellas ciertas noticias importantes.~~

Cuando llegué a una de las más pequeñas de uno de los grupos de estas islas (cuyo nombre callaré por prudencia) acababa de pasar la estación de lluvias y la naturaleza entera ostentaba una riqueza de colores y matices de lo cual no se tiene idea en el viejo mundo. Allí, aunque la vegetación es más armoniosa y más civilizada, por decirlo así, hasta en los sitios más agrestes, - carece siempre de aquellos contrastes violentos y exuberancia de vida y movimiento que encanta en el paisaje tropical.

Después de haber recorrido la isla en muchas direcciones noté que me faltaba visitar

una parte que parecia particularmente accidentada y bella. Dijeronme entonces que todo aquel terreno era propiedad de un extranjero que se habia propuesto fundar allí un establecimiento agrícola modelo, pero que no permitia que nadie visitase su casa de habitacion y á pocas personas les era dado recorrer sus plantaciones, salvo á los artesanos y trabajadores que necesitaba para sus labores.

Naturalmente aquella prohibicion despertó en mí una gran curiosidad que quise satisfacer á todo trance, y, una mañana, pocos dias antes del señalado para mi partida de la isla, emprendí viaje sólo hacia aquel jardin de las Hespérides

La mañana se anunciaba bellisima, el calor que se siente á toda hora en aquellos climas y en el nivel del mar, fué disminuyendo á medida que me internaba por un camino sombreado que se elevaba poco á poco hacia el cerro que me habia llamado la atencion y que era la propiedad del extranjero.

Yo no llevaba más carta de introduccion que mi escopeta de carador y habia dejado á la suerte que me proporcionase la oportunidad de acercarme que ansiaba.

Efectivamente, tal como me lo habian a-  
 -nunciado, encontré que el camino al llegar  
 a la hacienda estaba guardado por una puer-  
 ta cerrada con llave que impedía el paso,  
 y a uno y otro lado tenia, cual trincheras na-  
 turales, una cerca formada por monte espe-  
 ro y espinos que parecia enteramente impene-  
 trable. Pero yo ~~me~~ tenia formado el proposito  
 de no dejarme burlar por ninguna barrera, y  
 así, estas mismas me incitaban a continuar  
 en mi determinacion.

Sabiendo que aquella isla tenia el pri-  
 -vilegio de carecer enteramente de serpientes ve-  
 --menosas y otros animales nocivos me metí  
 por en medio del monte y la hozarasca, - y  
 a riesgo de encontrar trampas, serpias y pre-  
 -cipicios, me interné por él, persuadido que en  
 breve encontraria menos dificultades. No me  
 habia equivocado: a medida que ~~me~~ penetra-  
 ba por el bosque, este se hizo menos agreste  
 y a pocas cuadras de distancia, despues de  
 haber saltado por encima de algunas rocas,  
 me hallé en un sitio tan bello y delicioso  
 que olvidé hasta el objeto de mi excursion  
 para contemplar aquel paisaje ideal.

Bajo una techumbre de árboles entrelazados bajaba saltador y espumoso, un riachuelo que corría por entre un lecho de rocas superpuestas y menudos guijarros. Entre las rocas que quedaban descubiertas y fuera del agua se habían formado algunas islillas entapizadas de musgos y hermosas plantas de anchas hojas y brillantes flores. Los árboles y arbustos que crecían en la orilla del riachuelo estaban cubiertos de flores y de parásitas que enredaban por los troncos formando un mar de verdura, en medio de los cuales cantaban suavemente muchas aves de plumajes varios y corrían y volaban mil especies de insectos y reptiles, que daban vida y animación al paisaje y con su voz y su murmullo acompañaban el rumor del agua suspedora y espumosa.

Un estrecho sendero se dirigía hacia la ribera del riachuelo, y parandolo por encima de las rocas me dirigí al otro lado en donde habían formado ~~un riantico cerrado en donde~~ <sup>de mi carril,</sup> me senté a descansar. Sacando en seguida, algún ligero refrigerio que había llevado para almorzar, pasé allí las horas más ardientes del día como en sueños, encantado con el espectáculo que tenía delante y casi olvidando el objeto de mi excursión.

Sin embargo cuando noté que se llegaba la tarde

me puse de pie y volví a emprender camino siguiendo el sendero que tenía delante, el que inferí debería conducir a alguna habitación y para seguir adelante mi papel de cazador extraviado que pensaba representar a mi llegada a la casa vedada, maté uno o dos pajaros de los que revoloteaban en torno mio.

Hubiera caminado unas dos horas sin descansar por la vereda que se hacia más y más escabrosa cuando empecé a sentirme sumamente fatigado. Sea que hubiese perdido la costumbre de caminar en aquellos climas enervadores o sea que el poco alimento que habia tomado en todo el dia me hiciese falta, lo cierto es que ya casi no podia dar paso. Además pensaba con sumo disgusto que la tarde habia avanzado mucho y que pronto cerraría la noche sin haber encontrado ~~ninguna~~ ninguna habitación; y aun llegué a sospechar que era probable que la historia del misterioso extranjero seria alguna burla y que talvez ni existia siquiera la hacienda modelo y demás patrañas con que me habian engañado. La vereda era cada momento más escabrosa y sombria y juzgaba que debería ya de haber llegado a la cumbre del cerro



cuando repentinamente al volver un recodo del sendero me hallé en un sitio que me sorprendió en extremo, pues de ninguna manera lo aguardaba en aquel punto.

Encontrábase en la entrada de un verdadero parque à la manera europea, salvo que las alamedas de árboles que se abrían à uno y otro lado, en un terreno limpio é igual, eran árboles frutales de toda especie y propios de los climas intertropicales. Así veía hileras de palmeras, de mangales, de limoneros y naranjos, de cidros, guayabos y mameyes, - todos ellos y cada uno perfectamente podados y cuidados, así como estaba limpia y recortada la menuda yerba que crecía à sus pies. Apesar de la belleza del sitio y las señales de cultivo que respiraba aquel lugar reinaba en él un profundo y à mi parecer ~~xxxx~~ melancólico silencio, como si todo aquello se dirigiera más à los sentidos que à el alma.

Forné por la alameda que me pareció más ancha y más recta, ~~del~~<sup>que</sup> ~~inferí~~ ~~que~~ debería de conducir à la habitación, y como me devorase la sed, pues no había vuelto à encontrar agua desde que había dejado la orilla del riachuelo, púseme à comer de las frutas que lucían maduras entre las ramas

de los árboles. En breve llegué al fin de la alameda y me encontré frente a una casa que me pareció ser la habitación de alguna princesa de las hadas o la mansión soñada de un poeta.

La casa tenía la forma fantástica de un chalet suizo, pero constaba de un solo piso. La parte superior era de madera bruñida y encima del tejado inclinado veíanse cajones llenos de plantas y de arbustos floridos. Una ancha galería la rodeaba por todos lados, cuyas varandas estaban cubiertas por enteros de rosas y otras enredaderas que ~~forman~~ colgaban formando un espeso y fresquísimo cortinaje. Varios anchos escalones de mármol comunicaban el parque con la galería.

La casa estaba tan quieta y silenciosa como el parque y el bosque, y tal pareció ser el palacio de la Bella Durmiente. Así no pensé siquiera en golpear sino que subí las gradas de mármol, atravesé la galería y me dirigí hacia la puerta más inmediata. Era esta la de un saloncito primorosamente amueblado con asientos de madera esculpida y fresca paja. En la mitad se veía una mesa redonda de madera esculpida y en torno <sup>igualmente</sup>

mesas, armarios y consolas cubiertas de objetos de arte y toda especie de curiosidades, y, <sup>en</sup> las paredes, cubiertas <sup>con</sup> muchos paisajes hechos al óleo, a la aguada y con tinta de china, reconociendo en un cuadro al frente el siachuelo que tanto me había llamado la atención por la manera.

Comprendiendo entonces mi imprudencia quise devolverme para hacer algún ruido en la galería exterior, temiendo que el dueño de aquella casa encantadora me tomase por un ladrón o por lo menos por un intruso mal educado si me encontraba allí sin haber llamado a la puerta.

Quise devolverme y no pude, pues aún había algo que me sorprendiere y admirare más que todo: era que habiendo tornado los ojos hacia un aposento vecino vi un espectáculo que me llamó la atención al principio y me dejó en seguida maravillado. Era la estancia vecina más grande que el saloncito en que ~~estaba~~ <sup>me alojaba,</sup> y estaba completamente circundada de estantes de libros desde el techo hasta el suelo, y como ~~por~~ <sup>por</sup> estuviese en una esquina de la casa tenía dos puertas una que caía sobre el parque y otra que miraba hacia lo lejos sobre un paisaje tan bello

como jamás había visto antes ni lo había conocido.  
Por aquel lado el cerro sobre el cual esta-  
ba edificada la casa se levantaba abrupto  
teniendo al pie un bosque espeso que se pro-  
longaba casi hasta la orilla del mar (que  
estaba cerca por aquel lado) en donde hu-  
bieran impedido la vista del agua dos cerros  
altos que allí estaban como sentinelas, si es-  
tos, — como en una decoración de ópera, — no  
se hubieran dejado entre sí un ancho cam-  
po por entre el cual la vista se arrojá-  
ba en el mar que reproducía en aquel  
momento el ~~cielo~~ ~~tenido~~ ~~de~~ ~~ara~~ ~~y~~ ~~de~~ ~~era~~ ~~para~~....  
hermoso cielo tropical de la tarde; tenido por  
los rayos del sol poniente con anchas fran-  
jas de oro y de safiro..... Pero esta vista no  
fue la que más me sorprendió, sino la de  
una mujer que se hallaba en el aposen-  
to, sentada delante de una mesa cubierta  
de toda clase de útiles de dibujo, la que  
inclivada sobre el espaldar de su silla,  
con las manos caídas sobre su regazo con-  
templaba arrobada el lejano paisaje que  
me había llamado la atención con un  
aire de tan profunda tristeza y casi de de-  
sesperación que se me apretó el corazón al

mirarla como si hubiese comprendido y leído en su aspecto no más el dolor incognito, el profundo desaliento de aquella alma encerrada en ese cuerpo. Sus grandes ojos parecían fijarse en la mar y en las blancas velas de un navío que paraba en aquel momento entre los cerros de que hablé arriba.

La mujer no era joven, debería de haber pasado el meridiano de la vida y contaría más de cuarenta años; - pero lo que me causó mayor sorpresa fue la palidez mortal de su rostro, y la fijera de su mirada y la inmovilidad completa en que yacía.

Viendo que aunque yo hiciera algún ruido en la vecina estancia ella no se movía, pensé que tal vez sería ~~un cadáver~~ que había muerto, y di algunos pasos hacia ella notando que el ligero viento de la tarde movía su cabellera suelta sobre sus hombros, la que como un manto se derramaba en torno de su bata de muselina blanca como una nube. A medida que me acercaba de la puerta del aposento ella parecía volver en sí; un ligero color de rosa dió animación a sus mejillas, se estremeció en seguida como una persona que despierta, se incorporó en su asiento y volviendo la mirada fijó los ojos en mí. La sorpresa que tuvo fue grande, - abrió los labios como para

gritar, pero se le ahogó la voz en la garganta, trató de levantarse de su asiento pero no pudo, y le oí decir en seguida pasándose la mano por los ojos y hablando en un idioma que no era el de la isla:

- Hasta loía me he vuelto.... veo visiones!

Yo en tanto me confundía en saludos diciendo con el mayor embarazo:

- Señora, perdoneme M., excuse M. mi entrada inoportuna.... pero soy extranjero en la isla. Me perdí.... y habiendo visto esta casa abierta me atreví a entrar....

Ella me miraba sin contestar, pues no podía verme muy a las claras estando yo en el fondo <sup>del aposento</sup> y habiendo empezado ya <sup>á</sup> a ser recer con aquella prontitud que caracteriza los países intertropicales.

- ¿Quién es M.? y cómo se atreve a entrar a mi casa sin permiso? exclamó a mi espalda una voz iritada.

Yo me volví entonces y vi en la puerta del saloncito a un caballero alto, delgado, vestido de blanco de pies a cabeza y con el cabello enteramente cano, lo que le daba un aspecto de fantasma.

Le contesté lo que habia pensado decirle, ac-

-bando

con pedirle la hospitalidad por aquella noche, puesto que esta se acercaba ya.

- Caballero, contestó el amo de la casa, - diré a U. que desde que vivo aquí nadie de fuera / sin contar con los sirvientes / ha pasado jamás una noche en esta casa, no solo una noche, pero ni una hora del día..... sin embargo / añadió mirando a la señora, que vuelta de su sorpresa había salido adonde estábamos / atendiendo a lo tarde de la hora en que U. se ha presentado aquí, mi Señora y yo procuraremos darle hospitalidad hasta mañana.

- Si la molestia es demasiado grande, - contesté yo un tanto azorado, - yo no querría ser imprudente, - y estoy listo a volverme a la ciudad ahora mismo si U. me hace el favor de proporcionarme un guía que me lleve al través de la montaña.....

- Eso no, exclamó la señora interviniendo en la conversación, - eso no! No crea U. caballero que U. trata con salvajes y gente de mal corazón. Le aseguro a U. que tendremos mucho gusto en darle a U. albergue por esta noche. Sentese U. añadió, mirando a su marido con una sonrisa forzada, y háblenos U. del mundo y de lo que se dice en él de nuevo, - en tanto que sirven la comida, cuya

hora no tardará.

El caballero repitió <sup>poro más ó menos</sup> lo que la señora decía y cuando hube presentado mi targeta y dicho lo que me llevaba á aquellos retirados parages, la conversacion se trabó acerca de cosas in-diferentes entre la señora y yo, en tanto que el caballero parecia meditabundo y taciturno y rara vez decía algunas palabras.

Ya estaba casi oscuro cuando se presento un sirviente llevando luces y otro á anunciar que estaba servida la comida, quedando uno y otro sorprendidos al ver un huésped en donde jamás habian visto otro.

— Bernardo, dijo el Caballero dirigiendose á uno de los sirvientes, — pón un cubierto más en la mesa, puesto que este señor nos acompaña á comer, — y volviendose me dijo que tuviera la bondad de darle el brazo á la Señora y conducirla al comedor, — pasando él adelante para mostrarme el camino.

II

La comida fué tan buena y bien servida como si estuviésemos en la capital del mundo civilizado, y el comedor ofrecia todas las comodidades apetecibles en aquel clima. Sin embargo mis huéspedes eran muy aficionados al silencio



y fuera de las frases más indispensables ambos callaban y yo no me atrevía a turbar sus meditaciones. Además yo sentía mi posición en extremo falsa y cada momento me arrepentía más de haber llevado a cabo mi loca e injustificable curiosidad.

Después de la comida salimos a la galería que quedaba frente al comedor que miraba sobre un precioso jardín lleno de flores y arbustos, en donde nos sirvieron el café sobre mesetas de mármol.

Desde por la mañana me había sentido particularmente fatigado, - en seguida durante la comida un extraño malabestar se apoderó de mí, el cual fue aumentando con el penetrante perfume de las flores del jardín y la presencia de la noche. Sentíame aturdido, la cabeza me dolía, las sienes me palpitaban y hasta la belleza misma de la noche clara y despejada, y la luz de la luna en el jardín me ofuscaba, y producía en mi espíritu una profunda tristeza que me quitaba enteramente las fuerzas físicas y morales.

- Está malo el café? preguntome la señora al ver que no lo había probado.

- No señora, contesté, - probablemente está esquisito

como Todo lo de la casa de M.

- Entonces, por qué no lo toma ?
- No sé, - dije casi sin saber qué decía.
- ¿ No sabe M. ?
- Efectivamente señora, - me siento malo.
- Talvez M. querria retirarse a descansar, - dijo el caballero.
- Si no hubiera inconveniente..... es posible que la fatiga del dia me haya sentido mal.
- ¿ Qué siente M. ? preguntó él acercandose.
- Un malestar horrible.

El caballero me tomó la mano y despues el pulso, y haciendo un ademan de sorpresa dijo:

- Es preciso que M. se retire a acostarse inmediatamente, pues tiene una fiebre violenta.

Traté de ponerme de pie, pero no pude hacerlo sin la ayuda del caballero que me introdujo en su propio aposento, diciendome que era preciso que lo escurase si tenia que participar de la misma estancia, puesto que como jamas habian tenido ningun huésped no habia más aposentos que los indispensables para su esposa y él.

Recuerdo que me costó mucho trabajo des-vestirme y meterme en la cama, que traté de hablar con el caballero que me volvió á tomar el pulso y me hizo tomar unas gotas perfumadas, pero no pude articular palabra alguna, y aunque tenía los ojos abiertos perdí la conciencia de mi existencia y viví en sueños y delirando no sé cuánto tiempo.

## III

Un calor sofocante, una luz violenta que me obligaba á cerrar los ojos, un dolor agudísimo en la cabeza, fueron las primeras sensaciones que experimenté al cabo de días cuando volví en mi juicio ~~al~~ y me encontré aún en casa del dueño de la Hacienda de la Ancora (que así se llamaba).

El caballero estaba sentado cerca de mi lecho y yo al verle le hice algunas preguntas acerca de la duración de la enfermedad y de los molestias que debía de haberle dado.

- Ah. añadió; qué habrán dicho U. U. de mí y de mi imprudente enfermedad?

- No piense en ello, ~~o~~ me dijo, - celebro que U. haya vuelto en sí, - pero es preciso que no hable y tome cada vez que despierte esta bebida cal-  
-mante.

Al decir esto me dió una cucharada de un líquido y salió dejando á mi lado al criado Bernardo con órden de que no me contestase si yo hablaba, - lo cual cumplió perfectamente pues en breve se quedó dormido él y yo seguí su ejemplo.

Cuando desperté encontré á mi lado al buen caballero, quien me dijo al verme abrir los ojos:

- ¿ Como se siente ahora ?
- Muy malo, malísimo, - contesté.
- Esa es buena seña, dijo él sonriendo.

Traté de contestarle pero me agobió un pesado letargo y volví á quedarme dormido.

En una de esas despertadas hallé en el aposento á la señora, quien se acercó y con su propia mano me dió un ligero alimento que me pareció delicioso pero no me permitió hablar. Durmiendo largas horas y despertando por momentos pasé uno ó dos días y siempre encontraba á mi lado sea al caballero ó á la señora, - el primero amable pero taciturno y la segunda melancólica y abatida, quien no me permitía hablar bajo el pretexto de que lo había prohibido el médico.

- ¿ Quién es el médico ? la dije al fin, yo no

lo he visto nunca aquí.

- El médico es mi esposo.... El estudió medicina en su juventud y desde que vivimos aquí receta a los peones y empleados de la hacienda. Para M. ha sido fortuna que él le haya recetado, porque siempre ha tenido tino para curar la fiebre amarilla, mientras que en la ciudad raro es el que se salva.

- ¿Luego yo he tenido esa horrible enfermedad?

- Sí, - y la de peor carácter.

- Yo no tenía la menor sospecha!

- No tenga cuidado, repuso ella, - ya está M. enteramente fuera de peligro.

- Y M. me ha asistido!

- Sí; Y porqué se sorprende?

- ¿No temía M. el contagio?

- No solamente no temo el contagio, sino....

- ¿Pero qué? continúe M.

- Sino que lo desearia!

- ¿Qué lo desearia!

- Ah! M. no tiene idea de lo que es vivir en la soledad; siempre en el apartamiento y la soledad! añadió con amargura.

- Pero en cambio, dije, qué de bellezas naturales la rodean aquí, qué de comodidades y obras de arte!

- Yo daría todo eso y mucho más, - dijo ella con un  
petu, por ver gente conocida y <sup>¡aun las personas</sup> que yo creía serme  
indiferentes, y por hablar y con mis amigas y  
vivir comunicandome con personas de mi espe-  
-cie!

- ¿Hace mucho tiempo que U. vive aquí?

- El día que U. llegó se cumplían, día por  
día, quince años desde aquel en que dije a-  
-dios a mi patria y me vine a enterrar a  
esta soledad.... Entonces pensé que duraría  
poco tiempo en este mundo y que mi destie-  
-ro sería corto, - pero se han pasado quince  
años..... Oh! nadie sabe lo que yo he sufrido  
durante estos quince años!

La señora dejó de hablar durante algunos  
momentos y añadió haciendo un esfuerzo  
para calmarse:

- Excuse U. mi debilidad, - esto tiene que serle  
a U. poco interesante, - pero hacia tanto tiem-  
-po que no podía quejarme en alta voz que...

- No me pida U. excusas, conteste, - al con-  
-trario, - todo lo que toque a U. mi bienhechora,  
tiene que interesarme, - háblame U. con toda  
confianza y crea que lo hace con un verdade-  
-ro amigo que desearía servirle en algo si fuera  
posible..... Sin duda el Doctor no piensa como U.?

- No lo sé; - contestó ella, - a veces pienso que si le hace falta la sociedad, - pero otras ~~comprendo~~ que es cierto lo que dice, que está contento y que vive satisfecho con su vida solitaria.... de resto yo no le conocí jamás amigos íntimos y creo que le basta la distracción que encuentra en sus estudios, y en ver algunas veces su nombre citado entre los sabios agrícolas y químicos del mundo.

- Yo no he visto nunca el suyo en ninguna parte! exclamé; - y aseguro a U. que yo también me ocupo de esas materias, aunque es cierto que apenas empiezo mi carrera.

- No lo ha visto U. en los anuarios y periódicos científicos porque es conocido en el mundo con otro del que lleva aquí.... de resto esto no importa para el asunto.... otro día le hablaré a U. con más claridad, - ahora es preciso que no le cause a U. el espíritu mi insulsa conversación. - y o

Al decir esto salió del aposento dejándome atónito y meditabundo, pero también lleno de curiosidad.

Mi convalecencia fué larga y trabajosa y los cuidados del Doctor y su señoras no desmayaron un momento. Sin embargo se pasaban los días y yo no lograba volver a reanudar la conversación

confidencial con la señora, cuya suerte comprendia <sup>yo</sup> debía de encerrar algun misterio. Ella paraba su vida casi enteramente entregada à la pintura, y uno de los sitios que más parecia amar era la orilla del riachuelo que me habia llamado la atención el día de mi llegada, pues lo habia reproducido varias veces, tanto al oleo, como à la aguada y à la tinta de China. Ademas tenia una verdadera galeria de pinturas hechas por ella, y entre estos dibujos habia algunos muy notables.

El Doctor paraba casi todas las horas de la mañana en las faenas agrícolas de su ingenio, y por la tarde se encerraba en su laboratorio sito en una cuadra distante de la casa, -asi los dos esposos vivian casi siempre separados durante el día, y solo se reunian por la noche desde la hora de la comida. Sus relaciones entre si eran afectuosas pero me parecia que se notaba entre ellos <sup>que carecian de</sup> un fondo verdadero de franqueza y de verdadera simpatia en sus estudios y en sus aspiraciones, aunque ambos eran instruidos y habian leido mucho y con provecho. Pero ella era inclinada à las artes y à la poesia y él solo se ocupaba de las ciencias exactas y de cuestiones que ella encontraba un tanto aridas y poco amenas.



Cómo dejó dicho, aunque mi convalecencia fue larga y trascurrieron más de dos semanas desde el día en que la señora me habló con alguna franqueza, después de <sup>eso</sup> ~~eso~~ ella no me dejó jamás lado para interrogarla acerca de su vida antes de radicarse en aquella isla.

La víspera del día señalado para mi partida, y en tanto que el Doctor se hallaba en su labora <sup>estando yo en el jardín</sup> ~~torio~~, ella me llamó por la puerta ventana de la librería y me invitó a que entrase.

Después de haber hablado de cosas indiferentes al fin ella me dijo:

- Quiero hacerle una súplica....
- ¿Cuál señora?
- Que nunca descubra el secreto de nuestra existencia oculta en esta isla retirada del mundo.
- ¿Y como sería eso posible, señora, cuando M. misma me ha dicho que el nombre que llevan aquí no es el verdadero?
- Es cierto, - mi marido ha tomado el nombre de su tío maternal de quien heredó esta propiedad.... Pero naturalmente si M. se propusiera descubrir el verdadero le sería tal vez fácil, - pero eso es lo que yo le suplico que no haga..... aunque pienso que M. lo conocerá algún día.
- ¿Cómo así?

— Le diré.....

Pero al decir esto parecía embarazada y tuvo que hacer un esfuerzo para continuar diciendo:

— Desde que llegó U. aquí, comprendí que me lo enviaba el cielo, pues como le he dicho yo no había hablado con persona alguna inteligente desde que llegué a este lugar..... Hacía mucho tiempo que deseaba dejar mis memorias y la relacion de mi vida a alguna persona que fuera capaz de sacar de ella un saludable ejemplo que pudiera servir como un faro para las mujeres románticas y demasiado sensibles;— faro que sirviera para iluminar los escollos que rodean a todas las mujeres de corazon para que su vida no naufrage en ~~las~~ ~~escalas~~ rocas del desengaño que las rodean por todas partes. La mujer no debe aspirar sino a cumplir con sus deberes; desgraciada de aquella que se atreva a pedirle otra cosa a la vida!

— ¿Y por ventura U. tiene alguna cosa escrita? pregunté.

— Si,— tengo reunidos todos mis papeles y una relacion sucinta de mi vida..... U. sabe, añadió con una palida sonrisa, que mi única distraccion es escribir y dibujar.

- Si señora, así lo he visto, y por cierto que el método de vida de M. es el que menos lugar deja al ocio.

- Así es, contestó, y eso y solo eso es lo que me ha salvado de la desesperación, aunque me ha hecho un grave mal; el de prolongarme la vida....

- No diga M. tal cosa! ¿qué sería de la existencia del Doctor si M. no existiera?

- Es cierto, contestó ella sin mirarme, si yo hubiera muerto ahora años.... pero no se trata de eso ahora sino del encargo que quiero hacerle.

- ¿Cual es señora? Por ventura M. me confiará esos papeles de que M. me habla?

- Si; - ~~pero~~ cuando me muera se los legaré.

- Ah, eso tardará mucho.... y puede ser que yo muera antes tal vez.

- Eso no es probable, contestó ella, - pues yo sufro una enfermedad al corazón que no me dejará mucho tiempo más en este mundo, pues últimamente ha tomado proporciones muy serias. Así, lo único que le ruego es que me apunte en esta cartera la dirección a la cual se deben de dirigir mis mandatos cuando yo muera.

- ¿Pero a quién se los confiará M.?...? Al Doctor?

- Al cura de la población más vecina.... es un hombre excelente y el único civilizado con quien suelo

conversar algunas veces en el año cuando cumpla con mis deberes religiosos..

- ¿Pero no sería más prudente entregarme ese depósito antes de mi partida?

- No, - yo le conozco, es un hombre cumplido, que hará lo que yo le pido..... Cuando U. reciba mis manuscritos será la señal de mi muerte.... Rueguele <sup>á Dios</sup> que sea pronto!

- U. desearia, dije yo, que esas memorias se publicasen tal como U. me las enviará?

- U. hará lo que le parezca mejor..... pues me ha dicho U. que está enseñado á escribir para la prensa. Yo le daré los materiales y con ellos compondrá U. lo que guste.

En aquel momento entró á la estancia el Doctor y la conversacion cambió de objeto.

Al dia siguiente me despedí de mis buenos y hospitalarios amigos y lo hice con tanta mayor pena cuanto que el Doctor me prohibió solemnemente que volviera á tener la menor comunicacion con ellos y arabo con estas palabras:

- Suplico á U. que nos considere como á personas que han muerto y olvidenos completamente.



Un año poco más o menos había transcurrido cuando estando una mañana sentado tranquilamente delante de mi bufete vinieron á decirme que un eclesiástico necesitaba hablar conmigo.

Le hice entrar inmediatamente y le pregunté en qué le podía servir. Dijo me entonces que era el cura de la vecina parroquia á quien le habían confiado un paquete para que me fuera entregado de parte del cura de x+x en las Antillas.

Apenas me dejó sólo el eclesiástico abrió el paquete dirigido á mí y encontré en él varios cuadernillos de papel, escritos en diferentes épocas, algunas cartas y varios párrafos que reconocí.

Después de leer y releer varias veces aquel manuscrito comencé la siguiente relación. He variado solamente las fechas, los nombres propios y no he querido descubrir los lugares en que sucedieron los sencillos acontecimientos que he tratado de narrar. Además como el estilo autobiográfico es generalmente cansado y fastidioso resolví hacerlo en tercera persona, lo que le da mayor variedad y movimiento.

# Parke Primera.

## I

"Mujer fuerte; ¿quién la hallará? Lejos, y de los últimos confines su precio de la tierra su precio.

"Confía en ella el corazón de su esposo, y de despojos no tendrá necesidad.

"Le dará el bien, y no el mal, en todos los días de su vida.

"Buscó lana y lino, y lo trabajó con la industria de sus manos.

"Hízose como nave de mercader, que trae su pan de lejos.

"Y se levantó de noche, y dió la porción de carne á sus domésticos, y los mantenimientos á sus criadas.

"Puso la mira en un campo, y lo compró: del fruto de sus manos plantó una viña.

"Cinó de fortaleza sus lomos, y fortaleció su brazo.

"Gustó y vió que su tráfico es provechoso: no se apagará su candela durante la noche.

"Echó su mano á cosas fuertes, y tomaron sus dedos el huso.

"Abrió sus manos al desvalido, y extendió sus palmas al pobre.

"No temerá para los de su casa los frios de la nieve: porque todos sus domésticos vestidos están de ropas dobles.

"Hizo para sí un vestido acolchado: el lino fino y la púrpura es la vestidura de ella.

"Su esposo será conocido en las puertas, cuando se sentare con los Senadores de la tierra.

"Echó delicados lienxos y los vendió; y entregó cíngulos al Chananeo.

"Fortaleza y decoro es el vestido de ella, y estará risueña en el día último.

"Abrió su boca á la sabiduría, y la ley de la clemencia está en su lengua.

"Consideró las veredas de su casa; y no conoció ociosa el pan.

"Levantáronse sus hijos, y la predicaron por beatísima; y su marido también la alabó.

"Muchas hijas allegaron riquezas: tu las has sobrepujado á todas.

"Engañosa es la gracia, y vana la hermosura: la mujer que teme al Señor, esa será alabada.

"Dadle del fruto de sus manos; y alabénla sus obras en las puertas."

Esto fue leído en alta voz por una niña de quince á diez y seis en el jardín de un convento de edu-

-candas,

Y las que la oyeron jamas olvidaron la impres-  
-sion que les causo aquella lectura.

Cinco de aquellas niñas debian separarse pa-  
ra siempre de sus compañeras, pues no ~~deberian~~  
volver <sup>eran</sup> al convento despues de las vacaciones que  
emperaban al siguiente dia. Habian oido decir  
que abriendo la Santa Biblia al acaso al lan-  
zarse en el mundo, en la pajina que la casual-  
idad les señalara, encontrarian pintada su fu-  
tura suerte.

- Vaya una casualidad bien notable, Belen mia!  
exclamó una de las niñas cuando hubo con-  
cluido de leer las lineas que dejamos apuntadas  
arriba.

- No es casualidad! respondió la otra con tono  
grave, - es el dedo de Dios, no lo dudes, que nos  
señala el camino que debemos tomar al salir  
de este bendito convento.

- ¡La <sup>de la</sup> mujer fuerte del sabio Rey Salomon?

- Pues, ese es el tipo de la mujer buena.

- ¡Y crees tu qué debemos todas levantarnos de  
noche y dar la porcion de carne a nuestros domes-  
-ticos y los mantenimientos a nuestras criadas?

- ¡Y del fruto de nuestras manos plantar una viña?  
preguntó otra.

- ¡Y entregar circulos al Chananeo? repuso otra.



- Bien lo saben U. U., contestó Belén, que muchas veces nos han explicado que las costumbres de aquella época remotísima del Rey Salomón son muy diferentes de las de ahora; y sin embargo; no será siempre provechoso que la mujer abra sus manos al desvalido y extienda sus palmas al pobre? ¿No será de la época que la mujer se veía de fortaleza y decoro? ¿Y por ventura no es digna de elogio que su boca se abra a la sabiduría y que la ley de la clemencia esté en su lengua? Engañosa es la gracia, dice el sabio, y vana la hermosura: la mujer que teme al Señor esa será alabada!"

- Basta, basta ya de sermones, hija mía exclamó una de las niñas impetuosamente, yo por lo menos no pienso echar delicados lienzos y venderlos!"

- Y crees tu que hay desdoro en el trabajo? preguntó Belén.

- Desdoro no, - pero bien sabes que soy rica....

- Qué jactanciosa eres, Elisa!"

- No lo digo por eso.... pues bien sabido es que tengo mucho dinero que poder gastar y no fundo mi orgullo en un hecho que no depende de mi voluntad.

- Sino de la voluntad de Dios, que puede arrebatarte

- te

- tu fortuna el día menos pensado.
- Tanto más dijo Virginia, que tenía el libro abierto delante de sí, cuanto que aquí dice: "Todas las cosas tienen su tiempo y por sus espacios pasan todas ellas debajo del cielo." - Y aún leo: "Hay tiempo de llorar y tiempo de reír, tiempo de ganar y tiempo de perder, tiempo de guardar y tiempo de arrojar." . . . . .
- Por Dios! Virginia, exclamó Elisa, tapándole la boca con una mano y cerrando el libro con la otra, - no más sermones por piedad! ¿Estamos en cuaresma por ventura? No gastemos el poco rato que nos resta de estar juntas y en libertad en conversaciones ociosas y en discusiones inútiles. . . . . Mañana nos separamos; y cuándo nos volveremos a ver?
- Como aquí jamas! exclamó Belen con los ojos llenos de lágrimas mirando con ternura el jardín y los alegres grupos que en él había.
- Ah! dijo Virginia, y lo peor es que a Elisa por lo menos no la volveremos a ver. Tal vez nunca.
- ¿Porqué? preguntó esta.
- Porque eres muy orgullosa y no quieras visi-
- Tarnos

en nuestras casas que no son tan lujosas como la tuya.

- Te equivocas, Virginia, te equivocas; por mi gusto yo continuaria en la misma intimidad con todas U. M. pero yo dependo de mis tutores y tendre que obedecerles.

- Acaso tu madre no esta viva?

- Presumo que si, puesto que no se me ha mandado vestir luto por ella.

- ¿Tamas la ves por ventura?

- Nunca.

- Pobre Elisa! Pobre Elisa! exclamaron las otras.

- ¿Porque se duelen de mi?

- No dices que no viviras con tu madre nunca y ni siquiera la ves?

- ¿No he vivido tantos años en el Colegio sin ella?

- Eso es diferente; una vive entonces de esperanzas y proyectos para cuando ~~se~~ regrese a la familia.

Elisa bajo los ojos, suspiro y dijo:

- No hablemos de mi madre. Casi no me acuerdo de ella, y solo sé que prefirio abandonarme a mi y a mi padre para vivir sin nosotros en paises lejanos..... Jamás he recibido de ella el menor recuerdo, la más leve memoria..... ¿Porque he

de sentir su ausencia si ella me ha olvidado? Queridas amigas, no hablemos de mi madre!

Las niñas se callaron durante algunos momentos, hasta que una de ellas exclamó:

- Mañana a estas horas ¿qué estaremos haciendo?

- Yo estaré en el campo! dijo Virginia.

- Yo también! exclamó otra.

- Mañana, mañana! eso no importa saberlo sino en lo que nos ocupará de hoy en un año!

- Cual será nuestra suerte?

- Dicen que la suerte de la mujer es seguir por suerte!

- Así será, dijo Virginia, si no aprendemos todas dos cosas que poco nos gusta.

- ¿Qué cosas?

- Obedecer y trabajar.

- Cada una debe trabajar en la esfera que Dios le ha señalado, dijo Belén.

- Trabajaremos! exclamó Elisa <sup>comriendo</sup> pero tu Virginia ¿a quien piensas obedecer con tanta humildad?

- A mis padres primero y a mi marido después.

- Tu piensas obedecer a tu marido?

- Cuando me case.
- Vaya una contestación peregrina! dijo Elisa
- La candidez de Virginia es adorable!
- Ahora que hablamos de maridos, dime, Virgí-  
nia; cual es <sup>el</sup> ideal de marido que tienes?
- Ideal no tengo..... cuando le vea en realidad lo sabré.
- Es decir que jamás has pensado en eso!
- No, nunca; para qué?
- ¿Qué edad tienes, Virginia?
- Diez y siete años.
- Yo tengo un año menos y ya tengo ideado a  
-quel á quien he de dar mi corazón; dijo Elisa.
- Veámosle, veámosle! exclamaron todas.
- Elisa se sonrió; - pasó la vista por encima de las cabezas de sus compañeras, pues era la más alta, aunque no la mayor, y después de algunos momentos de recogimiento dijo:
- Mi novio será un hombre elegante, hermoso, de muchísimo talento..... Todavía no sé si será rubio ó moreno..... Me gustan los ojos azules, pero también me encantan los negros.
- Esa dificultad se puede obviar ~~de~~ puntándolo con un ojo azul y otro negro! exclamó Eloisa, alegre niña de quince años.
- Ya Siempre te has de hablar de Todo!

- No es burla....
- Dejémos sus prendas físicas, Elisa, dijo Belen, para cuando le encuentres, y veamos cuales son las virtudes que le deben de adornar.
- Me amará locamente, y será el esclavo más humilde de todos mis caprichos....
- ¿Eso llamas tu prendas morales? Yo lo llamaría defecto.
- Defecto amarme!
- No sería defecto amarte, pero lo sería ser tu esclavo.
- Sería mi esclavo porque me amaría.....
- Y tu?
- Yo qué?
- Le amarías?
- Naturalmente..... pero yo sería su reina, su soberana.... yo mandaría en él.
- Y piensas que él no tendría también caprichos.
- Un hombre no los tiene.
- Mi madre dice que los tienen como nosotros, pero que los llaman voluntades.
- Además, dijo Virginia, cuando uno ama a alguna persona como dices que amarías a tu novio tendrías mucho gusto en darle gusto en todo..
- Mas aun, dijo Cloisa, pensarías que cuando él quisiera debería de ser bueno y provechoso.

- No pienso rendirme hasta ese punto.
- Eso lo dices, dijo una niña que había permanecido callada hasta entonces, - por que no sabes lo que es amar.
- Y tú si sabes?
- Yo sí.
- ¡Fu!
- ¿Por qué no?
- Nunca te lo había oído decir antes, a pesar de nuestra intimidad.
- No se había oído antes, - repuso la otra, y añadió con una sonrisa amarga; cuándo es que tú permites que las demás hablen de sus sentimientos en tu presencia?
- Ah! eres injusta como siempre, Clemencia, dijo Elisa, y no debías llamarte Clemencia, sino rigor.
- Tú no me puedes comprender.
- Eres algún genio portentoso?
- No pretendo ser nada particular, pero tú, Elisa, eres demasiado superficial en todo, ménos en una cosa.
- ¿Cuál?
- Tu persona!... Tu persona es para tí de suma importancia y solo de ella te puedes ocupar.... Esto lo digo yo, pero aquí todos saben que es verdad.
- Ah! Clemencia, Clemencia ¿quieres amargar las últimas horas de mi permanencia aquí!

Y al decir esto Elisa se cubrió la cara con las manos.

- No le hagas caso! No le hagas caso! dijeron las demás rodeando a Elisa, a quien en realidad todas amaban, a pesar de que conocían sus defectos, defectos inherentes a la falsa educación que la habían dado antes de entrar al convento.
- Clemencia no pensó ofenderte, dijo Virginia, a braceuse y que concluya la disputa.

Elisa se arrojó al cuello de Clemencia sin aguardar otras excusas, pero esta la recibió con frialdad, pues parecía presentir que en lo porvenir ella debería sufrir mucho por ella.

- Yo sé muy bien, dijo Elisa, que tu no tienes intención de ofenderme.

Clemencia iba a contestar bruscamente, pero Belen le tapó la boca con la mano diciéndole con amable sonrisa:

- Ahora vamos a oír de boca de Clemencia la pintura de su bello ideal, o más bien de su bella realidad, puesto que ella ama a alguien.
- No oírán tal. | - Porqué?
- Porque es inútil y yo hice mal en mencionar una cosa que será el secreto de mi vida.
- Pero él no guardará el secreto.
- El más que nadie, puesto que sin duda jamás se acuerda de mi existencia. Yo le amo más



que mi vida, <sup>pero</sup> el no se acuerda de mí y probablemente ignora quién soy.

- ¿Le falta de orgullo el tuyo! exclamó Elisa.

- Así sería, si él pudiera maliciar siquiera la impresión que hizo sobre mi corazón. Pero él nada sabe, ni lo sabrá jamás.

- Pero aunque no nos digas quién es, dijo Eloisa, al menos descríbenos sus prendas y virtudes.

Clemencia se puso como una grana y después de meditar algunos momentos respondió:

- No puedo... me ofusca el brillo que tiene para mí su persona.

- Es joven? preguntó una.

- Sí, por supuesto.

- Es hermoso?

- Para mí no hay quien lo iguale.

- ¿De alta posición?

- Probablemente.

- Rico?

- No lo sé... pero le amo, le amo sobre todas las cosas y creo que nada de lo que él hiciera podría ser mal hecho: basta que él lo haga, <sup>para</sup> parecerme bien hecho: sus opiniones son las mías; sus gustos son los míos; lo que él quiere, quiero yo; lo que él detesta, yo lo odio.... Y sin embargo delante de él soy de mar-

-mol.

de hielo..... pareciera un ser sin sentimientos, ni opiniones, ni gustos, ni afectos, ni odios.

- ¿Qué absurda eres ¿por qué así?

- No sé.

- Eres el ser más extraño.

- Soy el ser más desgraciado!

Y al decir esto Clemencia puso la cara entre las manos y rompió a llorar, sollozando con tanta pasión contenida que parecía cargarse el pecho. Sus compañeras la miraban asombradas, pues además de que no tenían idea de semejante pasión ~~la~~ habían considerado siempre a Clemencia como a una niña fría, sarcástica y poco afectuosa. Elisa y Virginia trataron de consolarla abrazándola, pero ella se arrancó bruscamente de sus brazos y corrió a ocultar su pena en el rincón más lejano del jardín.

- ¿Qué carácter tan extraño es el de Clemencia! dijo Elisa.

- Parece demente! dijo otra.

- Tan esquiva! añadió Elisa.

- Aspera y hurana! exclamaron las otras.

- No es nada de eso, repuso Virginia, M. U. saben que yo la he tratado mucho más que M. U.

- ¿Qué es, pues?

- Desgraciadísima!

- No sé por qué..... repuso Elira.
- Yo sí,- contestó Virginia y les diré lo que ella misma me ha dicho a veces: carece de confianza en el cariño de todos, y aunque en el fondo es apasionada y afectuosa se manifiesta siempre fría e indiferente porque teme ponerse en ridículo.
- Y habla del egoísmo de los demás! exclamó Elira: eso que tú dices prueba que ella es la egoísta.
- No tal,- respondió Virginia,- al contrario Clemencia es muy capaz de sacrificarse por los demás, pero no sabe hacerlo con buen modo, así nadie se lo agradece nunca.
- Así es,- dijo Belén,- durante mucho tiempo ella me ayudaba a aprender mis lecciones de geometría que yo nunca entendía sola,- abandonando sus propias lecciones muchas veces, lo que le acarreaba castigos por su supuesta desaplicación, y sin embargo jamás dijo el motivo.
- Y cuando estuvo enferma,<sup>añadió Elira</sup> no se levantaba a cada momento para pararme los remedios y aneglar me la cama sin hacer alarde de eso ni quejarse de mis impertinencias?..... Sin embargo todo lo hacía con un aspecto tan frío y serio que casi no se lo podía agradecer.
- Por mi parte,- repuso Elira, yo también le debo el mayor de los favores: ahora un año, cuando me

castigaron á encierro y á pan y agua durante un día entero; ¿quién se acordó de mí? Lúien, sino Clemencia que se privó de su comida para llevarmela..... Pero eso sí, cuando se le fui á dar las gracias me recibió tan mal que duramos unidas tres días.

- Pero volviendo á lo que nos confesó, -dijo Elisa, tú, Virginia, que tienes amistad íntima con ella, y hasta ha parado las últimas vacaciones en tu casa; no adivinas al que ella quiere?
- No tengo la más remota idea! En casa por lo ménos no vió á nadie que pudiera llamarle la atención.

En aquel momento llamaron dentro de la casa á las alumnas y al día siguiente se separaron <sup>veras</sup> aquellas alegres niñas para no volverse á encontrar nunca reunidas con aquella dulce intimidad de la adolescencia. Dichosa edad, porque se tiene fe en que toda sonada esperanza es posible y que toda aspiración del alma puede cumplirse en este mundo!

## II

Habíanse parado 8 años desde aquel día en que por primera vez introducimos al lector á las heroínas de esta sencilla relación.

Naturalmente la vida de las cinco condiscípulas

- las

habia sufrido cambios importantes, sin <sup>que</sup> ~~casos~~ ninguna de ellas hubiera encontrado el mundo tal como lo habia ideado.

Tres de ellas se habian casado: dos permanecian solteras.

Elisa, que era muy hermosa y tenia ademas el prestigio de la riqueza, habia encontrado en breve muchos pretendientes a su mano y a su fortuna, pero ella habia escogido entre todos al que mas halago su vanidad. Eugenio <sup>de origen griego vivia</sup> era ~~un~~ <sup>solito y sin parientes. Cumplidos</sup> ~~un~~ <sup>mas</sup> de treinta años, serio, grave, <sup>de alta</sup> posicion social y <sup>que</sup> habia parado por <sup>incapable</sup> porque jamas se le habia visto hacer la corte a <sup>ninguna</sup> ~~ninguna~~ mujer alguna. La belleza y prendas morales de Elisa le causaron a este hombre tanta impresion que se manifesto locamente enamorado de ella, confesandole que solo a ella amaba y amaria en el mundo, <sup>pero era hombre solo y sin familia desde su infancia, y siempre habia</sup> ~~era~~ <sup>vivido</sup> entregado a si mismo sin afectos y casi sin amistades.

El matrimonio se habia hecho repentinamente y casi sin conocerse, asi a poco ambos encontraron que se habian enganado hasta cierto punto. Elisa encontro que el que ella habia creido que seria su esclavo la trataba con sumo cariño y adoracion pero la consideraba mas como a una niña mimada. Consideraba a la mujer bajo el punto de vista oriental, la creia inferior al hombre mentalmente y en eterno infancia

~~revisada~~ <sup>como</sup> era un precioso y frágil objeto de arte, ~~que~~  
<sup>y no</sup> como a su señora y su reina como ella pretendía.

El a su turno encontraba mucha dificultad en do-  
mar <sup>y su genio y</sup> ~~y bajar~~ del ciclo de ilusiones en que había vi-  
vido Elisa para hacerla comprender la verdad de  
la vida prosaica del matrimonio. Sin reflexio-  
nar en lo que hacía, sin duda pensaba como ex-  
mo el marido de la "Matilde" de Eugenio Sue,  
quien decía a su mujer francamente:

" A nosotros, que estamos llamados a ser pa-  
-dres de familia nos toca hablar el lenguaje de  
" la razón y yo hare' lo que debo.... Oh! estoy  
" decidido, muy decidido a no dejaros ninguna  
" ilusión insensata y ya vereis como cuando la  
" haya destruido en vuestro corazón os acomoda-  
" reis perfectamente con la realidad que os queda.

Es cierto que Eugenio era incapaz de decir  
semejantes palabras a su joven esposa a quien re-  
-pito <sup>amaba</sup> exclusivamente, pero sin cesar procuraba a-  
-brancarle aquel sentimentalismo falso, aquel  
romanticismo exagerado, según él, que la hacía  
desear entre los dos una simpatía completa  
en su ~~el~~ modo de pensar, sueños imposibles en-  
-tre un espíritu masculino y otro femenino. El pen-  
-saba que la mujer es incapaz de tener fondo y las-  
-tre en su espíritu, que es siempre superficial y aún

irracional en sus aspiraciones, así el matrimonio nunca es entre alma y alma y en él no puede tener parte sino lo material de la existencia. En resumen Eugenio se consideraba el amo y el señor: es decir el hombre; y la consideraba a ella mujer, es decir la parte débil y dominada.

Si Eugenio hubiera tenido un átomo más de poesía en su temperamento y ella hubiera poseído una educación menos superficial, aquellas dos almas se podían haber comprendido y hecho la felicidad el uno del otro, - pero no fue así, y cada día, sin saberlo ellos mismos se alejaban más el uno del otro.

Elira no tenía nada de tonta, al contrario era mujer de talento despejado pero poco cultivado. La mujer de talentos más o menos notables no es rara, y si no fuera porque ~~sempre~~ se la da, desde la cuna, una educación siempre superficial, el talento, - no hablo del genio, - sería mucho más común de lo que creemos. Rara es la mujer que no sabe sentir bien, y de sentir a pensar no hay más que un paso.

Elisa era perspicaz, nerviosa y por consiguiente capaz de comprender la poesía de la naturaleza y adivinar fácilmente el pensamiento

de las personas con quien hablaba. No es de sorprender pues, que le fuera fácil leer en el pensamiento de su marido la triste idea que él temía de ella y de todo el sexo femenino. Naturalmente este conocimiento la afligió sobremanera y comprendió que tenía que parar la vida aislada en sí misma y sola en su pensamiento. En tanto que su marido atendía á sus ocupaciones favoritas ella permanecía sola largas horas, pero se sentía más sola cuando él estaba presente que nunca, pues no hay nada más triste que palpar el desengano y saber que la luz de la vida se ha eclipsado para siempre en el corazón.

Eugenio no comprendía absolutamente los sufrimientos morales de su esposa y ~~solo~~ al contrario, una vez que ella se declaró vencida y ~~no volvió nunca á tratar de simpatizar con él, y olvidó hablarle de sus poetas y autores favoritos,~~ el se consideró muy dichoso al encontrarla tan racional y juiciosa.

Pocas son las mujeres que al casarse no pasan por esta crisis moral, pero todas encuentran su consuelo en las faenas de la madre de familia y en los deberes de la dueña de casa. Elisa sin embargo tuvo la desgracia de no tener



familia. Si ella hubiera tenido un hijo en quien  
derramar el superavit de cariño que rebozaba  
en su corazón y al fin y al cabo se hubiera  
consolado ~~de~~ la pérdida de sus ilusiones, pe-  
ro lo único que consiguió fue ocultar su pen-  
samiento, guardar en el último rincón de su al-  
ma su desengaño y vivir tranquila en aparien-  
cia aunque en realidad llena de fastidio y  
desazón.

Elisa tenía pocas amigas, pues tienen pocas  
amistades sinceras <sup>las personas</sup> que viven en aparente fe-  
licidad. Sus antiguas amigas y condiscípulas  
no eran ricas y vivían ocupadas en el interior  
de sus hogares y poco la visitaban. En cuanto  
a las mujeres ociosas de la sociedad ni ellas  
querían de Elisa ni ella podía sufrir sus  
conversaciones superficiales, - así poco a poco se  
fue quedando sola tanto moral como física-  
mente y no tenía madre, ni hermanas en quien  
hacer confianza. Es cierto que frecuentaban su  
salón ~~un círculo de~~ <sup>algunos</sup> hombres, amigos de su ma-  
rido, pero ella se manifestaba con ellos digna y  
reservada y ellos la consideraban demasiado feliz  
para acercarsele mucho ni manifestarle simpatía.  
No hay nada que aleje más a un hombre de ma-  
nifestar simpatía a una mujer como el que se la

crea feliz y amada de su marido: el hombre necesita siempre tratar de proteger y rarisima vez ofrecen su amistad a una mujer si no la creen desgraciada, - hay en ellos siempre una tendencia a ponerla a ella en una posicion inferior, y de lo alto de su condescendencia miran a la mujer como un ser que necesita de ellos. El respeto que fingien rendir al bello sexo es una manera de manifestar la altura en que ellos estan ~~estando~~; para inclinarse es preciso haber estado erguido. Por otra parte <sup>por</sup> ~~no hay~~ hombres <sup>son</sup> capaces de <sup>tener</sup> amistad con una mujer joven, y esta en breve se convierte para ellos en un sentimiento más tierno pero menos respetuoso, - si siempre huyen de la mujer feliz <sup>en su hogar</sup> con su marido, ~~pues esta no~~ Por supuesto, <sup>que</sup> en todo el ambito del mundo puede haber excepciones, pero estas son enteramente raras y nadie se debe fiar en la aparente nobleza de un afecto que pocos, poquirsimos hombres entienden.

Virginia tambien se habia casado ~~pocos~~ meses ~~despues de~~ <sup>a la</sup> su salida del convento. Su candida y fresca hermosura, su amabilidad y sencillez llamo la atencion y fijó el voluble afecto de un hombre de mundo en busca de una mujer honrada y amable que pudiera ser ~~convertirse en~~ una esposa casera, virtuosa y

convertirse en  
 capaz de ~~hacer~~ una madre tierna y abnegada.  
 Fedeo había pasado su juventud alegremente,  
 y entregado á darse gusto, pero estaba un tan-  
 to fatigado de una vida agitada y sin tran-  
 quilidad, y deseaba tener un hogar propio,  
 en donde hallaría una mujer sufrida, en  
 quien confiar sus disgustos íntimos, sus en-  
 fermedades y su mal humor cuando lo tu-  
 viera. La buscaba sana, humilde, hacendosa,  
 económica, sin pretensiones á tener ideas pro-  
 pias, pues no admitía en su casa más per-  
 samiento ni más voluntad que la suya. En  
 resumen Fedeo ideaba una esposa que fuera  
 una huri elegante pero no poética, ~~viva~~ una  
 esclava perfumada y bella, sometida siempre  
 á su capricho, que no fundara su felicidad  
 sino en darle gusto á su señor y amo.

Virginia era en realidad todo esto y aún más,  
 pues encontró que además de las ya nombradas  
 virtudes tenía una con la cual no había  
 contado y que fue para él una agradable sor-  
 presa. Virginia tocaba piano pero no gustaba de pie-  
 zas ruidoras y propias para halagar el oído de  
 los extraños, sino que tocaba trozos de música sua-  
 ve, tierna, arrulladora y narcotizadora propia  
 para dulcificar y adormecer al oyente y poblarle el

al sueño de suaves y tranquilas imágenes.

Virginia amó a su esposo tierna aunque tranquilamente y en breve se hizo cargo de sus deberes para con su esposo a quien se dedicó en cuerpo y alma, partiendo después su afecto y abnegación entre él y sus hijos. Al cabo de siete años de matrimonio Virginia tenía seis hijos a cual más robusto y bien nutrido, a quien ella cuidaba personalmente, sin acordarse jamás de su propio ser, ni tener más pensamiento que el que le inspiraba su hogar.

Fades la amaba y consideraba como el bello ideal de la madre y de la esposa, y un día al verla siempre amable y obediente exclamó acariciándola:

- Ah! querida Virginia, cuando te mueras, lo que ojalá sea después que yo (pues mi última enfermedad debe ser cuidada por ti), cuando te mueras deben poner sobre tu sepulcro, como sobre <sup>el de</sup> la antigua matrona romana: "casta vixit, laetam fecit, domum servavit".!

Virginia consideraba las palabras de su esposo más exactas que las del Evangelio y al oír su elogio, aunque no lo comprendió, se

sintió tan satisfecha, que cuando se fue a conferar despues de aquel día, tuvo que ausarse de haber sentido un gran movimiento de orgullo.

Eloisa se habia casado tambien y habia dejado la ciudad en que vivian sus condiscípulas con su marido, así, aunque no la volvieron a ver, si recibian algunas veces cartas de ella, - sobre todo Elisa, con quien ella habia simpatizado. Al principio las cartas de Eloisa eran alegres y llenas de esperanza, pero al fin empezó a notar en su estilo cierto desaliento particular y cuando queria manifestarse alegre se conocia que era fingida. Elogiaba continuamente a su marido y ponderaba siempre su amabilidad y ternura con ella y las dos niñas que tenian, pero esto no parecia satisfacerla y apesar de que se manifestaba más bien resignada que contenta, vivia al parecer llena de comodidades y rodeada del respeto de la sociedad del lugar en que se habia radicado.

Las otras dos, Clemencia y Helen, permanecian solteras y aunque tenian intimidad con Virginia tenian menos relaciones con Elisa a quien ellas veian rara vez.

Reanudamos nuestra relacion ocho años despues de la salida de nuestras hermanas del convento.

Por una casualidad, las condiscipulas se hallaban reunidas en un aldea campestre en donde, todas, menos Elorra, habian salido a mudar aires durante la estacion veranal.

Elisa vivia en una bonita casa, la mejor del pueblo, que su marido, siempre desearo de tenerla contenta, le habia buscado y llevado a ella cuantas comodidades podia apetecer.

Virginia habia buscado ella misma el alojamiento que tuviere alcobas bien ventiladas para sus hijos y un aposento independiente para su marido, llevando para ellos cuanto se le ocurrio que podian apetecer, olvidandose enteramente de su persona.

Clemencia vivia con su madre en una quitita retirada, y la habia acompañado, ademas de su madre, su antigua condiscipula, Belen, quien habia resuelto tomar la carrera mas ardua y santa que puede tomar una mujer: la de Hermana de la Caridad. Antes de abandonar a su familia Belen quiso esparcirse un poco y pasar unos dias con su amiga Clemencia en el campo.

Estaban una tarde reunidas todas las con-  
discipulas en un sitio muy bello de los alre-  
dedores de la aldea à donde se habrian dado  
cita para pasar algunas horas juntas, pero  
me equivoqué al decir que estaban todas reunidas,  
pues Virginia no se hallaba aún con ellas ha-  
biéndoles mandado decir à última hora que  
como aguardarse la llegada de su marido  
no se atrevía à dejar la casa y se veía obli-  
gada à dejar el paseo para otro día, sin  
embargo, había añadido, que si acaso, cuando lle-  
gase Tadeo, él quería acompañarla, entonces no  
tendría inconveniente en iras à encontrar al  
lugar de la cita.

Un riachuelo cristalino bajaba saltando por  
en medio de un hermoso paisaje y abandonando  
las faldas del vecino cerro se dirigía cantando há-  
cia el río que regaba el valle en donde estaba si-  
ta la aldea. Nuestras amigas habian elegido  
una colinita cubierta de menuda yerba y som-  
breada por varios arbustos de donde se veía à un  
lado el riachuelo espumoso murmurando entre  
las piedras de su lecho y al otro se descubría  
el camino que llevaba à la aldea y en el ho-  
rizonte una cadena de cerros azulesos.

Elisa, que era muy aficionada al dibujo sacó

su album y se puso a tomar el diseño del paisaje agreste en tanto que sus amigas sentadas en torno suyo entablaron una animada conversacion en la cual tomaba parte Elisa de vez en cuando.

- Veis, Clemencia, las personas que vienen por el camino de la aldea, ¿preguntó Belen que tenía una vista excelente.

- Apenas los tultos puedo aperibir.

- Entonces no distingues a Virginia que acaba de salir de la última revuelta del camino real y dirigiase a este lado?

- Imposible!

- Sin embargo, añadió Belen, ella es.

- ¿Sola? preguntó Elisa sin levantar los ojos de su dibujo.

- No, con un caballero.

- Su marido!

- Así lo creo.

- Eso sería sumamente extraño, pues él rara vez se toma la pena de acompañarla a parte alguna, repuso Clemencia.

- No puede ser otro.

- Eso sería sorprendente, maravilloso!

- ¿Porqué?

- Porque él no tiene gusto en salir con ella y mucho



menos despues de un viaje en que naturalmen-  
te debe de haberse fatigado.

- Es pues hombre mal genado? dijo Elisa.

- Yo lo creia, al contrario fino y amable con su  
mujer, - añadió Belen.

- Asi es, pero....

- ¿Pero qui?

- Pero aunque jamás la contradice sin ob-  
-jeto ni la dice una palabra dura, se fasti-  
-dió en su compañía y evita en lo posible  
estar con ella fuera de su cara.

- Pobre Virginia! exclamó Belen.

- No la tengas lástimo, - respondió Clemen-  
-cia, pues ella jamás ha sospechado tal cosa  
y al contrario ~~que~~ cree que Tadeo es un deha-  
-do de virtudes y finura con ella. El ha tenido  
la astucia de conven ~~cer~~cerla que es el modelo  
de los esposos.

- Eres exagerada! dijo Elisa, y mirando el lejano pai-  
-saje añadió: sin embargo, aquel que viene allí con  
Virginia no ~~era~~ ~~parece~~ ~~es~~ Tadeo, parece más joven  
y más revoltoso.

- ¿Pero quien puede ser? dijo Belen.

- No sé..... sin embargo ahora que lo recuerdo, aña-  
-dió Clemencia; quieren que les cuente una aneodo-  
-ta que ~~pueda~~ les puede pintar a lo vivo el caracter

de Tadeo y la manera cómo él la maneja?

- Si quieres.....

- U. M. saben que el último niño de Virginia tiene ya cerca de dos años y que por primera vez, desde que casó, ha tenido algún descanso, pues los anteriores niños no se llevan ni un año entre uno y otro.

- Si lo sabemos... ¿pero esto a qué viene?

- Ahora les explicaré: ahora como dos o tres meses estando yo de visita una mañana en casa de Virginia le entregaron a ella una esquela de invitación a un baile que se daba con motivo de un matrimonio.....

- El de la hija de doña Monica? respondió Elisa.

- El mismo. Como les dije, Virginia gozaba entonces de perfecta salud y no tenía niño pequeño, y además ni ella ni ninguno de la familia estaba de luto, así ocurriósele tener el capricho de concurrir a esa fiesta, tanto más cuanto, me dijo, tenía un traje nuevo que deseaba estrenarse antes de que se le pasase la moda.

- "Esta idea, añadió, le será muy agradable a Tadeo, pues desde que nos casamos nunca he podido acompañarlo a ninguna tertulia aunque él lo ha deseado mucho.

- " En aquel momento entró Tadeo á saludarme y ella le señaló la invitación.
- " Ah! muy bien, exclamó él sin manifestar placer.
- " Será una tertulia muy buena, dijo Virginia.
- " Probablemente, - respondió el marido ¿ para qué día es ?
- " No lo dice el papel ?
- " Sí..... para el sábado, - de hoy en ocho días.
- " Y le parece, repuso ella, que no habría inconveniente en concurrir ?
- " ¿ Quien ?
- " Pues nosotros, - tu y yo.
- " Tu y yo ! exclamó él como un eco.
- " A qué mal tiempo ha venido esto, añadió al cabo de un momento.
- " ¿ Porqué ?
- " Tadeo permaneció callado algunos segundos, y al cabo de ellos repuso:
- " Cabalmente tenía conseguido un palco para llevarte á la Ópera el domingo siguiente.
- " Y eso qué importa ?
- " Jamás consentiría yo, querida mía, contéstó él, en permitir que te tranocharas dos noches seguidas: de seguro te haría daño.
- " Dejaríamos la ópera para otra ocasión.

- "Imposible! Es el palco de Andrés mi amigo predilecto, quien me lo ha ofrecido varias veces y nunca habia podido aceptarlo: lo tomaria à desaire.

- "Yo misma, dijo Virginia le dié a su amigo el motivo que tenemos para no aceptarlo ese dia.

- "No hagas tal! exclamó él, - yo mismo pasare por la pena de decirle que tu tenias otros proyectos..... Sin embargo mucho me temo que Andrés se molestará. Pobre Andrés, mi amigo de infancia!

- "De cuando acá se ha vuelto tan susceptible? preguntó Virginia, ya pirada.

- "Ah! Virginia, yo no te consideraba tan sin corazón!

"Virginia miró a su marido con sorpresa.

- "Me admiro, continuó diciendo él, que tu, con tu proverbial buen sentido no comprendas ciertas delicadezas de la amistad.

"Virginia bajó los ojos y no contestó. Yo comprendí (y ella victumbrió) que lo del palco era una farsa inventada en aquel momento y que él se habia propuesto no permitirle ir al baile.

- "Todo, Todo lo trastorna este maldito baile, - dijo en entre dientes.

- "¿Qué otra cosa?"
- "Yo había invitado a mi madre y a mis hermanas a que vieran a tomar el té con nosotros el sábado próximo, y había tenido intención de ~~invitarlas~~ <sup>ajustarme con el</sup> cubiletero alemán para que viniera a divertir las."
- "Virginia hizo un gesto de descunsuelo y no respondió, y yo por primera vez mezclándome en el asunto dije:
- "Eso es lo más sencillo. Yo me encargo de explicar a la señora su madre, que es muy amiga mía, el cambio de programa que ha ocurrido."
- "Gracias, Clemencia," dijo Virginia apretándose la mano: todo queda, pues allanado."
- "Sí," dijo Fedeo con mal contenido disgusto, para las mujeres todo se allana cuando se trata de llevar a cabo un capricho."
- "Y al cabo de un momento añadió él:
- "Ahora paremos a otra cosa; tienes ya el traje preparado para el baile, pues bien sabes que eso pide tiempo."
- "Tengo uno al propósito!" exclamó Virginia con aire triunfal.
- "Algún vetusto!"
- "Uno nuevo..... no me lo he estrenado!"
- "Acaso será verde..... color que no te sienta y que yo detesto!"

- 'Te equivocas, - es azul, tu color favorito.
- "Hechura de alguna modista de tercer orden! Jamás permitiría que mi mujer haga un papel chairo en un baile.
- "Es un vestido muy bien hecho.... uno que mandé hacer para el baile en casa de tu hermana, al que al fin no pude concurrir.
- "No faltaba más! exclamó él. Eso no sirve ni para una tertulita de pipiripao. En una función como la del matrimonio de Julianita, en que echarán la casa por la ventana, mi mujer no se presentará sino vestida por una modista parisiense!
- "Pero Tades, bien sabes que yo nunca he gastado esos melindres, y por eso muchas veces me has elogiado!
- "Y la pobre mujer miraba a su marido con los ojos llenos de lágrimas.
- "Qué niña eres, dijo él con aire amable, no te desconsuelas tan fácilmente! En este instante voy a buscar a Martín, cuyo matrimonio se disbarató, y pueda ser que en el aquar que hizo traer de Paris, haya algún traje de baile.
- "Tades tomó su sombrero precipitadamente y salió casi sin despedirse; tanta prisa llevaba en dar gusto a su esposa!

- No sabía yo, Clemenciu, dijo Elisa riéndose, que fueras tan observadora y sarcástica!
- Yo sarcástica! no digas eso, Elisa, entonces todos los fotografías son sarcásticas cuando se tratan à alguien con defectos!
- Y por fin fué al baile Virginia? preguntó Belen.
- Todavía me falta lo mejor de la historia, pero temo no tener tiempo antes de que lleguen de acabarla de contar.
- No tengas cuidado, pues se sentaron allí abajo à descansar, dijo Belen.
- Continúo pues. "Al día siguiente volví à preguntar à Virginia en que habia resultado de la diligencia del traje.
- "No he visto à Tadeo, desde ayer, me dijo, por casualidad no comió aqui sino en el Club con unos amigos, y no volvió sino cuando yo ya estaba dormida. Esta mañana salió en tanto que yo estaba ocupada con los niños y almorzó en casa de su madre.
- "A poco rato despues entró Tadeo y despues de los primeros saludos Virginia le preguntó que habia dicho Martin.
- "Martin! exclamó él sin acordarse; de qué?
- "Pues del traje de baile!"

- "Certo que no te había dicho...."
- "No me habías dicho porque no nos habíamos visto."
- "No lo encuentre ayer ni hoy tampoco, respondió él."
- "Es decir que no hay esperanza!"
- "Así lo creo.... me dicen que ha dispuesto de lo mejor del apiar, - sin embargo esta tarde le hablaré sin falta."
- "Díjame si al baile con el traje azul, Fedeo! exclamó Virginia, - te aseguro que es tan elegante como el de la que más; no es cierto, Clemencia?"
- "Pero antes de que yo pudiera contestar el exclamó fingiendo sumo disgusto:
- "De ninguna manera! Ovas mejor vestida que las demás o no vas!"
- "No seas caprichoso, Fedeo!"
- "Yo caprichoso!... Así son las mujeres, se complacen en contradecirnos!... Y volviéndose a mí me dijo al salir: M. señorita, que tiene tanto juicio; haga entrar en razón a Virginia, a quien desconozco desde ayer!"
- "Por supuesto Virginia no volvió a pensar en ir al baile y la víspera de él recibió



una tarjetita de Tadeo invitandome a que fuera a tomar el te a la noche siguiente en su casa con su mujer, su madre y sus hermanas, en terminante de confianza, en cuya compañía, decía al concluir la esquela, "estoy seguro que estaremos Virginia y yo mucho más contentos que en un baile de etiqueta".

"Cuando llegué a la casa de Virginia encontré allí a la madre y a las hermanas de Tadeo....."

- ¡Qué cuadro tan ameno! exclamó Elisa riéndose: una anciana regañona y dos niñas malcriadas!  
 "Pero no era lo peor, sino que todas estaban de mal humor, - el cubiletero, había dicho Tadeo, que al última hora <sup>anunció</sup> que no podría <sup>ir</sup>, y así las niñas estaban inconsolables, - y además ~~anunció~~ <sup>anunció</sup> Virginia que Tadeo había tenido que concurrir al Club a una rifá de unos diamantes, - y <sup>por consiguienté</sup> ~~por~~ la madre también estaba sentida con su hijo y no quería hablar. Virginia a medida que se pasaban las horas pensaba probablemente con envidia en las que se vestían para concurrir al baile frustrado para ella y trataba de consolarse meditando en el adorno de diamantes que Tadeo había asegurado <sup>que</sup> se lo sacaría para obsequiárselo.

"Despues del té las niñas se acostaron en un sofá y <sup>en</sup> breve concararon á duo, mientras que la madre de Tadeo, Virginia y yo bostezabamos á trio, formando entre todas una agradabilisima orquesta.

"Serian las diez de la noche, y cuando ya la señora madre se preparaba para irse sin haber visto á su hijo, cuando oimos entrar á Tadeo y dirigiendose á su aposento antes de entrar á la sala. Aguardamos en silencio cerca de media hora, al cabo de la cual se presentó el dueño de casa poniendose el ~~pa~~ sobre todo y a trobandose los guantes blancos.

- "Me alegro que estén ya preparadas para salir, dijo dirigiendose á su madre y á sus hermanas, yo las acompañaré hasta casa.

- "Qué mal te has portado, Tadeo, dijo la madre; convidarnos á pasar la velada en tu casa y despues dejarnos solas!

- "Ni siquiera conseguir el cubiletero! exclamaron las niñas.

- "¿Qué hubo de la rifa? preguntó Virginia.

- "Se la ganó Duran! contestó primero á Virginia, y despues dirigiendose á su madre la ofreció

el brazo para sacarla del salón.

"Yo en tanto pensaba: el aderezos es tan imaginario y falso como el palo ~~para~~ en la Ópera, el vestido de baile de Martin y el supuesto cubiletero. Tadeo es un actor de primer orden!

"Y por ventura, dijo la madre mirándole con cierta ironía, es en honor nuestro que te has puesto corbata y guantes blancos?

"No. Es porque de paso tengo que entrar un momento al baile de la boda....

"Al baile! exclamaron todas sorprendidas con aquella noticia, menos yo que había vivido toda la comedia.

"Sí, - al baile.... contestó él un tanto embarazado: me vi tan comprometido, que no pude rehusar!

"Con qué te si puedes ir! dijo Virginia manifestándose sentida por primera vez desde el día de su casamiento.

"Contra toda mi voluntad! repuso él con volubilidad, pues traía la lección aprendida.

"Pobrecito! dijo una de sus hermanitas riéndose.

"Figúrense M. M. que me encontré con el padre de la novia en uno de los salones del Club.

(Ah! malditos Clubs, pensé yo, como allí todos

Sieneen derecho de enthar, es fácil inventar que vieron hasta á los padres de las novias en aquel lugar; cosa muy natural, por cierto! Y Virginia será capaz de creerle? )

- Te encontraste con don Bernardo? preguntó la madre de Tadeo, mujer de experiencia y que en su larga vida, habia aprendido á distinguir <sup>la diferencia entre</sup> las ruedas de molinos de las hostias.

- Lo señor, - contestó el mirando á su madre de una manera que ella sin duda comprendió pues no volvió á manifestar sus dudas.

(Todo hijo, pensei yo, al interceptar la mirada, se encuentra un aliado natural en su madre para engañar á su mujer.)

- Y qui' te dijo? preguntó Virginia.

- Quejarse y manifestar me muy sentido porque ni tú ni yo hubieramos querido asistir á la fiesta. Yo me excusei' diciendo que como tu estabas indispueta.....

- Yo indispueta!

- Pues alguna excusa habia de dar!.... Sin embargo á pesar de que yo le dije que sin tí no tendria ningun placer en concurrir al baile, ~~que~~ al fin tuve que ceder.....

- Pobrecito! volvió á decir la hermanita.

"Nina! no sea M. mal criada con su hermano, - dijo la madre con severidad.

"Me vi precisado á prometerle que iria á tomar una copa de vino á la salud de los novios!

(En la candida frente de Virginia leia que luchaba entre la duda y la confianza. La rueda de molino era tan grande que le costaba mucho trabajo tragarla.)

"No me tardaré una hora, - repuso el pobre marido, - dirigiendose á su esposa; - despues de saludar á los novios y quizás bailar una pieza con algunas de tus amigas, me volvere inmediatamente á contarte si ha sido buena la fiesta

"Y al decir esto el tierno marido se despidió de su mujer, le ofreció el brazo á la madre y todas ~~se~~ salimos en silencio de la casa, dejando á Virginia que se acostara tranquilamente, compradeciendo á su abnegado esposo que se sacrificaria en aras de la amistad.

"Entre tanto el pobre Fadeo llegaba al baile y repetia hasta la saciedad que su mujer era un ángel que no queria abandonar á sus hijos ni un momento, y por eso él se veia siempre en la dura necesidad de ~~acompañar~~ ir á todas partes sin ella. En seguida bailó todas las piezas bren-  
do alegremente durante la cena (sin duda contra su voluntad!) y no salió del baile sino con las

últimas parejas, volviendo a su casa ya entrado el día y cuando su mujer se preparaba para salir a misa o a pasear con los niños.....

- Efectivamente, dijo Elisa riendo, no se puede negar que Fades es un modelo de maridos! Pero tú, Clemencia, cómo dices que Virginia es feliz con semejante hombre?

- Lo es. Porque ella tiene confianza completa en su palabra y cree cuanto él le dice.

- Entonces es una tonta!

- Y acaso no se necesita ser bobo y tonto para ser feliz?..... Además ella ama a su marido y eso le basta para tener consigo el germen de la dicha..... Amar y vivir con la persona amada; no basta eso para ser feliz?

- Eso sería si él le correspondiera.

- ¿Quién ha visto jamás un matrimonio en que ambos conyuges se aman igualmente? Yo lo he oído decir y lo creo: entre dos amantes siempre hay uno que ama y otro que se deja amar. Y la mejor parte la tiene el que ama.

- Te acuerdas Clemencia de la última conversación que tuvimos la víspera de la salida del convento?..... Ni entonces ni después me has querido decir a quién amabas.....

- Ni lo dire nunca ...
- ¿ Porqué ?
- Porque le amo aun .
- Al mismo ?
- Al mismo. ¿ Acaso alcanza la vida para más de un amor ?
- Y él no te corresponde aún ?
- El no sabe nada .... pero yo no pierdo la esperanza. Cuando Dios ha puesto en mi alma una constancia tal no sera en vano .
- He aquí a Virginia ! exclamó a <sup>la</sup> sazón Pelen, que se había puesto de pie y dado algunos pasos con direccion a la vereda .
- Pero su compañero no es Tades ! exclamó Clemencia enderezandose y poniendose muy pálida .
- ¿ Quién es ? preguntó Elisa que tenia la espalda vuelta y los ojos fijos en su dibujo .
- Su hermano, - contestó Clemencia sonrojandose .
- ¿ Hermano de quién ?
- De Virginia .... El que ha estado ausente del país .
- ¿ Ernesto ?
- Ernesto .

Elisa se volvió y alargando una mano a Virginia dijo dirigiendose al recién llegado .

- De seguro M. ha olvidado que no es la primera vez

que nos encontramos.

- Hay cosas que no se olvidan! dijo el joven acercandose, - y para mi es mucho honor que U. no lo haya olvidado.

Ernesto era elegante, hermoso y tenia una voz suave y melancolica que hizo impresion a Elisa, como sucede al oír alguna tonada triste que oyera en otros tiempos, olvidados hasta ese momento.

- ¿Tu marido? dijo Clemencia a Virginia.

- Se quedó en casa, - pero el pobre como es tan bueno no quiso privarme del paseo con U. U., así fue que me mandó con Ernesto, - quien para decir <sup>verdad</sup> tampoco queria venir hasta que no le dije quienes eran mis compañeras.

- Pero no sería por verme a mi que vino? dijo Clemencia bajando la voz.

- No le hablé de ti, - respondió Virginia, sirvo de Elisa y de Belen.

Clemencia ~~entabló~~ conversó ~~con~~ con Virginia y Belen, mientras que Elisa hablaba con Ernesto, que tambien era aficionado al dibujo, y en breve entablaron una animada discusion acerca de bellas artes y literatura.

Poco a poco la luz del sol fue perdiendo su fuerza y ya iba el sol a ocultarse tras de las colinas que se elevaban en el horizonte, cuando



Las cuatro amigas con el hermano de Virginia se pusieron en marcha con dirección a la aldea.

Cuando Ernesto, después de dejar en sus casas a Elisa, y a Clemencia y a Belén se dirigió a la suya con su hermana la dijo repentinamente:

- Me parece pedante y orgullosa!

- ¿Quién?

- Pues tu amiga.

- ¿Cual de ellas?

- La mujer de Eugenio, ~~por eso puesto~~; acaso las otras valen la pena de fijarse en ellas?

- Elisa no es pedante, ni orgullosa..... al contrario es muy buena.

- Buena!... sí será cuando puede dominar y hacer su gusto.

- Siento que no te guste. ~~ahora~~.... Sin embargo, <sup>si mal no me acuerdo</sup> antes de irte al extranjero <sup>la</sup> me acuerdo que ~~te~~ <sup>la</sup> ~~de~~ miraste mucho en no sé que paseo que hiciste en su compañía.

- Sin duda, contestó él, a eso aludía, <sup>ella</sup> cuando me dijo que no me había olvidado..... Cabalmente sus palabras me parecieron de mal gusto dirigiéndose a un joven como yo.

- Elisa es muy franca.

- Franca!... ¿Quién ha visto jamás <sup>que</sup> una mujer sea franca?

- Eso es lo que has aprendido en tus viajes, a hablar mal de las mujeres!

- Yo no hablo mal de las mujeres... no hay necesidad. Ellas se desacreditan entre si lo suficiente. En cuanto a tu amiga Elisa me parece bonita y elegante, pero....

- ¡Pero que?

- Orgullosa y dominante.

- No eres lógico. Acabas de decir que te pareció de marido amable.....

- ¿Quién puede ser lógico tratando de una mujer?

- Ya entiendo! exclamó Virginia riendo.

- ¿Lui entiendes?

- Pues que seguramente encontraste que Elisa es poca propia para aguantar que la florecin. Y en realidad tiene fama de ser muy rigida y poco amante de futileras.

- Ah!... por ventura estará enamorada de su marido de Eugenio?

- Ineluctablemente.... ¡no es acaso su marido?

- La razón es buena!

Virginia miró a su hermano con sorpresa.

- Siento quitarte una ilusión, dijo el acariciándole la barba y riendo, - pero me sorprende que a tu edad todavía te escandalices solo de pensar que todas las mujeres no han nacido para a-

-mar

locamente a sus maridos, los animales menos amables de la creacion.

- Yo no dudo que las mujeres no amen a sus maridos cuando ellos las tratan mal.

- Lúe candidex!; cuantas hay que aunque las adoren ~~ellos~~ no quieren a sus conyugues!

- Mujeres malas!

- Mujeres excelentes, adorables....

- ¡Ernesto!!

- ¿Te admiras?

- Pues..... Fades dice....

- No me cites a Fades.

- Porque?

- Porque él es un pájaro de cuenta, que ha sabido embobarte a los dos mil maravillas... y sus opiniones no son autoridad para mí.

- Pero para mí sí.

- No lo dudo... pero volviendo a Elisa; ¿piensas que de veras quiere mucho a su marido?

- Mucho! Además; cómo no le había de querer? si es tan bueno con ella, y a veces es más considerado y amable con ella que Fades conmigo!

- Esa no es regla.... tu eres mucho mas buena que ella.

- No lo creo. Elisa tiene talento y yo no.

- No hay nada para mí más detestable que una mujer de talento ó que crea tenerlo. Yo jamás me casaré con una mujer de talento.... Te aseguro, Virgi-  
nia que tu tipo es el bello ideal para mí de la mu-  
jer propia: buena, humilde, sufrida; un ángel!

Fui saber por qué este elogio, al parecer esca-  
gerado, no satisfizo á Virginia que comprendió que  
en el fondo de su alma aquel tipo que trataba de  
ensalzar era humillante para las mujeres.

- Es decir, dijo al cabo de un momento Virginia, que  
tu sí has pensado en casarte!

- Como no! si me buscas una mujer de tu  
entero <sup>querer</sup> pues estoy seguro que encontrarías una del  
mío.... pero todavía no.

- ¿Para cuando lo dejas? Ya tienes treinta a-  
ños.

- Acabo de cumplirlos, y aun me quedan al-  
gunos años de vida de soltero.

- La amiga que yo quiero más es Clemencia.

- ¿Quién es Clemencia?

- No te acuerdas de ella?... Una de las que  
estaban en el paseo, y que dejamos en la puer-  
ta de su casa.

- ¿Cuál? la morena ó la rubia?

- La morenita.

- No me hables de ella, es fea y no tiene gracia,  
además como que no es muy joven para ser soltera.

- ¿ Pero es rica al menos ?
- Ahora no.... pero heredará las riquezas de un tío que la quiere mucho. Aunque ha tenido varias propuestas ella no ha querido casarse con ninguno.
- La hecho mal. ¿ Por que ese rigor ?
- No sé..... ó mas bien si sé: ama á alguien que no la ama á ella.
- Aguardará la herencia el bien aventurado.
- El no sabe que ella lo quiere.
- Es mujer prudente por lo menos, - pero ahora que me acuerdo, cómo que su fisonomía no me es enteramente desconocida, ni su nombre me es extraño.....
- Celebro que al fin te acuerdes de ella; ¿ Has olvidado que antes de salir yo del convento Clemencia pasó una vez las vacaciones con nosotros en el campo ?
- Ya caigo, ya caigo ! Yo te daba bromas si mal no me aculido <sup>parecia</sup> de tu condiscípula, suplicandote que otra ocaion llevaras una compañera más agraciada.
- Clemencia no es fea, al contrario si la vieras bien vestida y animada te parecería hasta bonita.
- No lo creo.
- Lo que te digo no es de fe, - contestó Virginia con cierto mal humor, en el momento en que llegaban á la casa y que cerraba la noche enteramente.

Entre tanto Elisa había llegado también a su casa solitaria, — pues ~~su~~ su marido <sup>ya no</sup> estaba con ella en aquellos días, y después de quitarse sus areos de saliv se acodo a la ventana y contempló con cierta melancolía la llegada de la noche y la aparición una a una de las estrellas sobre el cielo azul y despejado, hasta que sintió humedecerse los ojos y una ardiente lágrima <sup>rodó sobre</sup> ~~caer~~ ~~caer~~ ~~caer~~ sus mejillas.

¿Por qué estaba triste? Ella misma no lo sabía entonces pero después pudo leer en su corazón y comprender lo que ~~caer~~ en aquellos días pasaba por ella.

Dos días después, estando Elisa al caer la tarde aromada a la misma ventana vio pasar a Ernesto quien la saludó. Ella le contestó con encendidas mejillas.

Ernesto se devolvió ese ~~misimo~~ día a la ciudad y durante toda la temporada que pasaron en el campo las condiscípulas no volvió a visitar a su hermana. Elisa frecuentaba mucho la sociedad de Virginia, pero Clemencia se alejó de sus amigas y cada día manifestaba un carácter más y más singular, ~~mas~~ sarcástico y ~~mas~~ hasta arrogante y brusco. Belen había regresado al hospital y ejercía como novicia la santa misión de Hermana de la Caridad.

174  
78

## Parte Segunda.

I.

Ernesto era un joven a la moda, así todos los hombres lo detestaban y con ligeras escepciones todas las mujeres se interesaban en él. Además había viajado mucho, tenía una conversación amena y florida y era fama que había tenido lo que en francés llaman bonnes fortunes, es decir que había engañado a muchas mujeres, por consiguiente casi todas estaban prontas a volverse a dejar engañar por él. Así es el corazón humano, - desde la aventura de nuestra madre Eva, la mujer se pierde por curiosa: esto no es nuevo, pero es verdad y por eso lo repetimos, no como un descubrimiento, sino como un hecho, cuyos móviles se deberian investigar por los fisiólogos. Ernesto no perdía jamás el corazón que había sido suyo, y se decía que ninguna de las mujeres que le habían amado le podrían nunca mirar con indiferencia y guardaban en el fondo de su pensamiento cierta ternura que jamás confesaban porque la sabían inmerecida.

Como dijimos de paso en otro capítulo Elisa había tratado antes de casarse ligeramente a Ernesto y guardaba de él si no un tierno recuerdo sí una memoria agradable aunque vaga.

Después de la conversacion que tuvo Elisa con el hermano de Virginia durante el paseo de que

hablamos ella sintió una grande desilucion; por-  
 -que? Trataremos de explicarlo. Al oír la conversa-  
 -cion nada fútil y bastante talentosa de Elisa  
 Ernesto habia sentido despertarse en él, no el de-  
 -seo de conquistar el corazon de aquella mujer,  
 sino el de superarla en prendas morales y en do-  
 -mar un espíritu singularmente independiente  
 para una mujer; notó que ella no se doblega-  
 ba como debil caña ante las opiniones del llama-  
 do sexo fuerte y esto lo estimuló a superarla a to-  
 do trance y para ello procuró desplegar sus cono-  
 -cimientos artisticos y literarios, sin obtener ni por  
 un momento ventaja sobre su espíritu, sino  
 que al contrario creyó que ella habia penetra-  
 -do en su mente y visto que en realidad su  
 -instruccion no era estensa ni sus conocimientos  
 eran bastante superficiales, defectos que él procuraba  
 encubrir a todos los ojos.

Sin embargo Ernesto tenia talento aunque  
 no genio, pertenecia a aquella especie de hombres  
de talento de comprension fácil y penetrante, cu-  
 -yo espíritu ha sido ornado por ~~el~~ estudio y un  
 claro don de observacion y perspicacia, aunque care-  
 -cen completamente de originalidad. Ernesto no  
 simpatizaba con las mujeres de talento porque com-  
 -prendia que ellas más que nadie podian juzgar-  
 -lo, puesto que es característico de la mujer inteli-  
 -gente



una maravillosa perspicacia de espíritu y un conocimiento ~~instintivo~~ del corazón humano que tiene algo de instinto, cualidad unánimemente cuya fuente es y será ignota para el alma humana. La mujer de talento era pues, para él una especie de rival y <sup>era</sup> su espíritu demasiado parecido al suyo para querer simpatizar con ella y mucho menos amarla. El amor tiende a formar entre dos personas un ser perfecto y por eso es que dicen que solo se aman los contrastes; pero no son los contrastes los que se aman, sino que se buscan otras cualidades de las que se poseen en el objeto amado para formar el ser ideal que todos buscamos: además todo lo que se comprende demasiado no tiene interés, y la incertidumbre es el mejor alimento que se le puede dar al amor. Para ver, pues, un hombre de las condiciones morales de Ernesto gustar de una mujer como Elisa, a menos que ellas abdicaren en su obsequio su dignidad y su razón: podrán admirar la mucho pero pocos son los casos en que el hombre ame sino en donde piensa dominar, condición esencial para <sup>los hombres que han pasado su primera juventud.</sup> ~~que los hombres puedan dar su corazón.~~

El la adolescencia el joven busca siempre una mujer a quien respetar y que le enseñe el arte de la vida, - pero una vez que ha pasado de los veinte años su propensión es dominar y no quiere mujer con voluntad propia.

Elisa habia comprendido vagamente <sup>entre</sup> que Ernesto y ella habia un abismo y que sus naturalezas se rechazaban ~~instintivamente~~. Sin embargo ella que estaba enseñada a que tanto su marido como sus amigos la habian ~~con un obediencia~~ por primera vez habia encontrado un hombre que se tomaba la pena de hablar <sup>con ella</sup> no solamente con racionalidad, sino que habia desplegado delante de ella toda la artilleria de sus conocimientos y todos los dones de su espiritu ~~para agradarla~~. Ella por su parte habia hecho otro tanto, y jamas se habia oido hablar con tanta elocuencia; y ella misma se admiraba de la habilidad que habia desplegado en la discusion y el donaire y chiste de que habia hecho uso por primera vez de su vida. Pero en medio de todo comprendia que no solamente no habia agradado al interesante hermano de Virginia sino que parecia haberle disgustado; por que? He aqui el enigma que procuraba indagar con una curiosidad maltrana y danosa para su espiritu desocupado y entregado a si mismo.

Sin embargo ~~de~~ su regreso a la ciudad Elisa no vio sino raras veces a Ernesto, <sup>quien</sup> no volvio a hablar con ella <sup>en casa de Virginia</sup> sino por casualidad y <sup>por</sup> cortos momentos. Elisa, que, como he dicho, habia ~~establecido de nuevo~~ <sup>establecido de nuevo</sup> ~~renovado~~ <sup>renovado</sup> amistad con Virginia ~~nunca~~ <sup>por primera vez</sup> llego a verlo en casa de su hermana, y con razon

pues; qué podía hacer una persona como Ernesto en casa de una excelentísima mujer como Virginia pero quién solo sabía hablar de sus hijos y disertar interminablemente acerca de lo que la ocupaba diariamente? Fades estaba cada día más satisfecho con su mujer que era su propiedad exclusiva, su ama de llaves, su enfermera y la parte más útil, aunque la más prosaica de la vida. "¿Acaso, decía él, me he casado para hablar con la casera de política y literatura? Yo no quiero discusiones en mi casa, y cuando ~~quiero~~ <sup>deseo</sup> pasar un rato de agradable polémica, las mujeres de mis amigos me entretienen y me divierten, si es que quiero buscar sociedad femenina."

Así transcurrieron varios meses hasta completarse un año. Cada día Elisa era menos feliz y sentía que le faltaba un afecto que llenara su alma. Si ella hubiera tenido una amiga á quien comunicarle sus pensamientos, sin duda en breve hubiera comprendido que lo gustaba en vano y que lo que ella llamaba desgracia se podía convertir en una dulce resignación al hallar ocupación que la hiciera tomar interés en la vida de los demás, ya que <sup>habría ahogado</sup> la <sup>suya</sup> ~~habría~~ <sup>propia</sup> ~~habría~~ <sup>abundado</sup> hasta producir la esterilidad y el cansancio.

Un día le anunció Eugenio a su mujer que se vería en la necesidad de pasar a Inglaterra a recoger un herencia que le había dejado un tío suyo, muerto poco antes.

- Tu sabes, añadió, que la herencia consiste en una propiedad sita en las Antillas, y quien sabe si tendré que ir hasta allá después para arreglar mis negocios.

- Llévame también, dijo ella.

- Imposible! tendré que viajar muy de prisa y eso te haría daño.

- Yo estoy buena ahora.

- Si, pero dice el Dr. N. que una impresión repentina y fuerte se podría desarrollar el mal que sufrió tu padre..... Así es mejor que te quedes quieta en casa.

Elisá suspiró, pues sabía que la quietud la estaba matando; pero también sabía que era inútil e imposible discutir y no discutió y hubo de resignarse a quedarse sola. Ah! si supiéramos muchas veces escuchar la voz de los sentimientos siempre latentes en el fondo del alma, cuántas <sup>veces</sup> evitaríamos las desgracias que nosotros mismos nos buscamos! Así Eugenio desoyó la súplica de su mujer y después tuvo que llorar con lágrimas amarguísimas su imprevisión e indolencia.

Elisa se quedó sola, y en su soledad volvió los ojos á Dios, que á todos consuela si sólo ellos hombres quisieran echarse á sus pies con toda la fe necesaria. Elisa no era naturalmente piadosa, su alma, un tanto egoísta, se ocupaba demasiado en analizar su pensamiento y sus sensaciones para haber comprendido el amor á Dios que hace olvidar todos los afectos humanos, y sobre todo aniquila el egoísmo. Pero al verse enteramente deramparada, buscó la Religión, pues solo allí podía encontrar la verdad, y empezó á frecuentar mucho las iglesias, apesar de que siempre entre la Divinidad y ella se interponían las vivagenes mundanas de su pensamiento impresionable y vacilante.

## II

Un día la Catedral de x x x estaba repleta de gente que aguarda<sup>on</sup> á oír la elocuente palabra de un famoso predicador que había llegado poco antes de Roma en donde, se decía, que había sido sumamente elogiado por su unción y santidad.

Entre los oyentes, en primer rango y muy cerca del pulpito estaba Elisa, la que había llegado de las primeras á la Iglesia. Ernesto también estaba presente.

Efectivamente el predicador era digno de todo elogio; discurría sobre los efectos consoladores de la fe, y citando

La epístola de San Pablo a los Hebreos <sup>decía:</sup> ~~exclamaba:~~  
 "Es, pues, la fe la sustancia de las cosas que se es-  
 peran, argumento de las cosas que no aparecen."  
 Pero, decía el predicador, la fe sola no salva  
 como vemos en <sup>y recuerda</sup> la epístola de Santiago, <sup>que se decía:</sup> ~~exclamaba:~~  
 "¿Lue' aprovechará, hermanos míos, a uno que dice  
 que tiene fe, si no tiene obras? Por ventura' po-  
 drá la fe salvarlo?"

Lanzabase despues a puntar los deberes de las  
 mujeres en la sociedad, y repetía las palabras de la  
 mujer fuerte..... Abrió la elocuente voz del sacer-  
 dote Elira se estremeció, se consideró culpable de mil  
 defectos y en el fondo de su corazón emperaba a  
 hacer firme propósito de enmienda, cuando sintió  
 que se movía un banco cerca de ella y notó por pri-  
 mera vez que se fijaban en ella las miradas de  
 Ernesto con cierta expresion indagadora que la  
 confundió <sup>se hizo</sup> y perdió el hilo del discurso, pero <sup>en</sup> ~~ese~~  
<sup>breves</sup> ~~momentos~~ volvió su pensamiento a lo que decía  
 el predicador por un momento, -  <sup>aunque</sup> ~~pero~~ la mirada  
 fija del joven le quitó la tranquilidad de espiri-  
 tu y la paz del alma. Indecisa, abochornada, no  
 sabía cómo dejar de fijarse en las miradas de Er-  
 nesto que la impedían escuchar <sup>con</sup> recogimiento, y  
 en esta lucha olvidó casi por completo el lu-  
 gar en que estaba y sus propósitos de corregir  
 su vida egoísta y derrochada.

De repente llegaron á sus oídos estas palabras, que parecían dirigidas á ella.

"Y vino Jesucristo á sus discípulos y los halló dormidos, y dijo á Pedro: ¿Así, no habéis podido velar una hora conmigo? Velad, y orad para que no entréis en tentación. El espíritu en verdad pronto está, mas la carne enferma."

— Es verdad, Dios mío! pensó, ni una hora, ni un momento soy capaz de atender á la voz de mi conciencia que trata de despertarse..... Ah! débil é inútil mujer; ¿quién te importan las miradas enfadadas de ese joven temerario? No vienes á buscar aquí consuelo y fe y no á fijarte en las irreverentes miradas de un galán carquivano?

Al pensar así Elisa ocultó la cara entre las manos y trató de elevar su corazón á Dios pidiendo la protección. Pero quiso su mala fortuna que en aquel momento estallara el cristal de una de las lámparas que adornaban el altar mayor haciendo badejar una de las ceras la que incendió un velo en cuya llama se comunicó al ropaje de uno de los santos y de allí pasó a la madera misma del altar.

Esto habría sucedido tan lentamente que la gente que llenaba la Iglesia y que estaba fija en el predicador no cayó en la cuenta del peligro que la amenazaba hasta que el inusitado fulgor del incendiado altar no le llamó la atención.

Elisa continuaba sumida en sus meditaciones hasta que un rumor al principio intermitente pero despues mal alto la hizo levantar la vista, encontrandose cari sola en un sitio muy peligroso, pues la llama habia corrido por las cortinas de gaza que adornaban un arco que dividia la Iglesia y que estaba sobre su cabeza. Ya para entonces la aterrada multitud se habian dirigido a las puertas de salida dando gritos de espanto y Elisa perdiendo su presencia de espiritu no sabia que hacerse; trató de correr pero se enredo en un banco y cayó, lastimandose una piéz y golpeandose la cabeza contra el suelo, perdiendo al mismo tiempo el sentido y quedando sin movimiento en el suelo.....

Cuando volvio en si se halló en los brazos de Ernesto que la habia sacado de la Iglesia por la sacristia y le banaba la frente en la pila de agua bendita, cuya frescura la volvio el sentido. Varias personas la rodeaban y ella avergonzada y turbada se arrancó de entre las manos de Ernesto sintiendo en el primer momento una sensacion de profundo disgusto al verse en aquella posicion; pero en seguida le dió las gracias



con turbada voz y le preguntó si muchas habrían sufrido en el pánico y si habrían podido apagar el incendio.

Este fue apagado inmediatamente, le contestaron y no ha sucedido ninguna desgracia de gravedad en el pánico.

Elisa entonces trató de levantarse para salir, pero tenía un pie trunchado y dudaría dado consigo en el suelo si Ernesto no se hubiera apresurado a sostenerla.

Afortunadamente la casa de Elisa estaba cerca, así fue que se la pudo transportar a ella sin mucho sufrimiento.

Ernesto tomó el mayor interés en llamar un médico y no salió de la casa sino cuando este le hubo dicho que le había fajado el pie y que le había recetado una bebida calmante pues parecía sumamente agitada.

Al día siguiente, cuando Ernesto fue a preguntar por su protegida, encontró que durante la noche se la había declarado un afección nerviosa que podía convertirse en una enfermedad del corazón si no se la cortaba a tiempo.

Durante varios días permaneció Elisa encerrada en su aposento y sin recibir a nadie, y esto para ella fue una gran desgracia, pues el recuerdo de

Ernesto adquirió para ella un prestigio singular, pues pensaba sin cesar en que él le había salvado la vida y le agradecía en el alma ~~xxx~~ que fuera todos los días, personalmente, a informarse de su salud. Entre tanto su imagen también se gravaba más y más en el espíritu de Ernesto, - el que para decir verdad estaba preparado para ello. Apesar de que la primera vez que la viera en el campo Ernesto la calificó de pedante y orgullosa, en realidad se había interesado en ella y aunque no había querido tener relación ninguna en su casa, la dignidad nativa de Elira y su porte noble unido a una grande elegancia en sus movimientos le causaba siempre un gran sentimiento de respetuosa admiración. Sin embargo, como antes he dicho, rara vez se fija el hombre en una mujer feliz y que parece no necesitar de su apoyo, y así Ernesto procuraba no acercarse a ella, temiendo que su penetrante mirada encontrara y descubriera en él su parte débil y sus defectos morales. Sin embargo habiéndola visto entrar a la Catedral el día del sermón la siguió instintivamente situándose en una parte en que la pudiera ver. Desde el principio del sermón notó en la expresiva fisonomía de Elira que las palabras del predicador la habían impresionado y que parecía triste y abatida. Esta

nueva faz en el caracter de la esposa de Eugé-  
nio fue para él una agradable sorpresa, pues,  
una mujer triste está ya á medio conquistada.  
Mientras más la miraba más deseo le daba de  
conocerla más á fondo y en tanto que ella  
hacía el propósito de corregir sus defectos y cam-  
biar de modo de vivir él se proponía en des-  
cubrir á todo trance qué motivo tenía ella para  
estar triste. Al fin no pudo menos que notar  
que ella lo habia visto y que su mirada  
la turbaba hasta el punto de obligarla á ba-  
jar los ojos y por último á ocultar la cara en-  
tre las manos. El incendio le hizo quitarle los  
ojos y cuando la buscó con la mirada ella yu-  
cía en el suelo..... Pocos momentos despues él la  
habia sacado de en medio de la multitud, no  
sin arriesgar su vida, pues para parar á la sa-  
cristia tuvo que pasar por debajo de las gazas  
ardiendo con Elisa en los brazos.

Apenas pudo Elisa presentarse en la sala de  
recibo la primera persona, fuera de sus amigas  
íntimas, que recibió fue á Ernesto; podía hacer  
menos con quien le habia salvado la vida!

Desde aquel día no se pasó uno en que Er-  
nesto no la visitase, y, cosa rara! nunca volvieron  
á diferir en las apreciaciones de las obras de arte y

de literatura como en la primera entrevista un año antes en el campo. Ernesto se manifestaba siempre fino, respetuoso y si no sumiso, pues su carácter no se lo permitía, nunca contradeció abiertamente a Elisa y parecía conformarse con su opinión. Es cierto que ella tampoco era capaz ya de mostrar conceptos contrarios a los que él profesaba tener y olvidando su natural independencia de ideas llegó hasta el punto de cambiar algunas de ellas para aceptar las contrarias, pero que eran las de Ernesto.

De amigo, Ernesto se convirtió casi en su tirano y se tomaba la libertad, aunque ella no lo creyera así, de insistir en que debería recibir a tal o cual persona, rechazar a otras, leer tales libros y ocuparse en lo que él a bien tenía. Naturalmente este estado de cosas no se verificó repentinamente, pero la influencia de Ernesto se hacía sentir más y más, hasta el punto de que Elisa no se atrevía casi a pensar sin descubrir primero que opinaría él de ello.

Para que este estudio psicológico se comprenda mejor copiaremos algunos trozos de su diario, los que pintan mejor que nuestras palabras lo que pasaba en su alma y las luchas que quiso trabar con sí mismo.

Noviembre 12 de 18... - ; Será posible desear locamente ver alguna persona, sentir una completa dicha al encontrarla y una tristeza inmensa al separarse de ella, - además desahucarse en simpatía ante sus ideas, no tener ya pensamiento propio: hacer parte por decirlo así de su alma y sin embargo no ser comprendido ni correspondido por ella? Ah! esto sería absurdo, y sin embargo hay momentos en que lo creo así. Vivo en una especie de delirio, de pesadilla, que no entiendo, - vivo aturdida y me siento casi hebetada; por qué? No me atrevo a confiárselo ni al papel.

Noviembre 14 - Será un crimen lo que yo siento? Pero; por qué ha de ser? si soy yo no más la hebetada, si él no puede leer en mi corazón ni yo se la permitire?... ~~La~~ Me equivoco, su mirada es muy penetrante y comprende <sup>rá sin dudar</sup> mejor que yo ~~misiva~~ Tal vez lo que sucede en mi misma.

Noviembre 15 - Mucho he reflexionado, mucho lo he pensado: procuraré vencer este sentimiento que me invade con tiránico poder, lo apagaré en mi corazón, lo aniquilaré, lo mataré y despedazaré. Estoy resuelta a ello.

Noviembre 20 - Si, he luchado cuatro días sin descanso, he luchado y he sido vencida en la lucha! .... Vencida, si.... Podré callar, podré evitar sus miradas,

huir las ocasiones de verle y morir más bien antes de permitir que él comprenda lo que hay en mi corazón, pero vencer ese sentimiento, pero a pagar lo, aniquilarlo, matarlo y despedazarlo; jamás!

Esto no depende de la voluntad humana.

24 de Noviembre - Desde que el alma humana se encuentra capaz de reflexionar siente una necesidad invencible de encontrar una alma amiga que la complete..... Para persona, sin embargo, la encuentra en el transcurso de su vida - "La vida, dice Chateaubriand, - citando a San Agustín, está llena de cortas alegrías y largos dolores, amistades emperadas y rotas. Por una extraña fatalidad estas amistades no empiezan nunca a la hora en que podrían ser durables: encontramos al amigo a cuyo lado quisiéramos pasar la vida en el momento en que la suerte va a fijarlo, lejos; descubrimos el corazón que buscábamos la víspera del día en que ese corazón va a cesar de palpar."

La felicidad para cerca de nosotros como un meteoro que se presenta para iluminar un momento la oscuridad de la vida y se hunde después en los abismos. Sabiendo, <sup>esto</sup> no era hasta un crimen rechazar la simpatía que se nos ofrece y que la dejamos <sup>nos</sup> pasar sin detenerla?.....

23 de Noviembre. No será un crimen, escribia yo ayer, rechazar la simpatia que se nos ofrece?..... Sí, sería una falta talvez rechazar la amistad; pero acaso lo que yo siento es simpatia no mas?..... That is the question! Cual será de miserable el corazón humano cuando pretendo enganarme a mi misma!

12 de Diciembre. "Hay horas, dice G. Sand, en que nos vemos en la necesidad de amar, - horas en que nos inunda el sentimiento de la poesia, en que el corazón palpita velosamente, <sup>en</sup> que nuestras almas se lanzan fuera de nosotros mismos y rompen todas las trabas de la voluntad para buscar otro ser en quien confiarse."

Hace mucho tiempo que yo habia vivido dentro de mí misma en un completo aislamiento moral. Pero un día pasó a mi lado un ser que me pareció diferente de los demás y por primera vez comprendí que la soledad del alma es un sufrimiento..... Sin embargo al principio tuve miedo, - siempre habia oido decir o lo habia comprendido que en este mundo no hay completa simpatia entre dos almas; que Dios nos ha creado a todos aisladamente y que al querer quebrantar la ley divina que nos rige, corrimos el riesgo de perder la calma del espíritu que solo debe desear comunicarse

con su creador.....; Por ventura esto será cierto y algún día me verá caer de mi cielo y despedarse mi alma en las penas del desengaño? Eso no lo puedo creer. Tengo tanta fe en él, tanta confianza en la nobleza y delicadeza de su corazón que no temo desilusionarme jamás.

12 de diciembre - Nunca puede presentarse de improviso el ser que se ama, ni su presencia sorprende; Porque? Porque a todo momento se espera verle, hasta en los lugares más imposibles. Toda pisada que se oye puede ser la suya; - Todo golpe en la puerta puede ser dado por él, toda voz que se oye, toda carta que se recibe, es de él! grita el corazón. Así sucede que si después de aguardarle a cada instante de día y de noche, cuando al fin se presenta en realidad no sorprende el encontrarle puesto que estaba a todas horas visible para nuestro espíritu.

14 de diciembre - Sucede frecuentemente que cuando el corazón está embebido en la dicha de estar al lado del ser amado, el sonido de su voz embriaga hasta el punto de perder el sentido de las palabras y se goza con éxtasis con la <sup>vocal</sup> música de su voz y de su acento.



Bastará con estos fragmentos del diario de Elisa que se acababan de leer para poder juzgar de la situación de su alma y del rápido progreso que hizo en ella la perniciosa influencia de Ernesto, quien al principio solo pensó en conquistar un corazón que se consideraba orgulloso, pero que al fin se encontró el mismo cautivo como jamás lo había estado hasta entonces.

Averazado en el arte de agradar Ernesto supo asaltar el corazón de Elisa y tenerla hechizada con dulces palabras y paradojas hasta llevarla por un camino sin salida cuyo fin ella trataba de no ver. Aunque no había cruzado entre los dos ninguna palabra claramente comprometedora ambos se entendían con una mirada y se decían mil ternuras por medio de los versos que leían en alta voz y dejaban que los poetas interpretaran sus sentimientos.

Así se pasaron algunas semanas. Elisa, en ausencia de su marido salía muy rara vez a la calle y como no visitaba sus amigas tampoco la visitaban. Vivía, pues, con el recuerdo de la visita de Ernesto y con la esperanza de la siguiente y cuando él estaba con ella su conversación consistía en varias lecturas sentimentales que hacían por turnos o ella dibujaba y él la miraba estaciado, en tanto que moralmente oíllaban precipicios

y se sentían ebrios ante los peligros que los rodeaban.

La tempestad se acercaba sin embargo y el primer trueno que turbó la atmósfera de su dicha se hizo sentir repentinamente de esta manera.

Estando una mañana en sabrosa plática, en tanto que ella dibujaba y <sup>le</sup> leía en alta voz un romance nuevo entonces del poeta Guillermo Blest Gana y que con tierna y suave voz repetía las palabras del poeta:

¿Quieres saber qué causa la tristera  
que cubre mis facciones, la tibieza  
De mi vago mirar, mi indiferencia  
Y mis locos arranques de impaciencia?

Entró un sirviente a anunciar la visita de varias señoras amigas de Elisa, y entre ellas Clemencia.

Elisa recibió a las visitas con forzada amabilidad pero sin manifestar su contratiempo, pero Ernesto, con aquel egotismo que distingue el sexo masculino, no pudo ocultar su disgusto y en breve se despidió.

- Parece que nuestra presencia no agradó a tu compañero, - dijo Clemencia con cierto tonito chovarrero.

- ¿Por qué? preguntó Elisa.

- ¿No reparaste lo serio que se puso?

- No habló una palabra, - añadió otra de las señoras.

- Eso le sucede a él frecuentemente, - contestó Elisa.
- Pero no cuando está contigo!
- ¿No estaba conmigo ahora? repuso sintiendo que se sonrojaba y mientras más lo sentía más se turbaba.
- Elisa no seas mojigata, - dijo Clemencia.
- Yo mojigata! Jamás lo he sido....
- Entonces no lo niegues.
- ¿Qué niego?
- Que Ernesto te visita mucho.
- Eso nada tiene de extraño: como me ve sola y enferma me tiene lástima.
- No nos des excusas..... recuerda aquello que es cura no pedida es prueba.....
- ¿De qué?
- De culpabilidad.
- De culpabilidad! repitió Elisa irguiéndose con altivez.
- No se altere U. amiga mía, dijo otra de las señoras, U. sabe que Clemencia es ~~mucho~~ sarcástica. No le haga U. caso.
- Es cierto, respondió Clemencia, escúsame, pues era una chanza; ¿qué noticias tienes de Eugenio? añadió con sonrisa burlesca.
- Elisa comprendió toda la ironía de aquella pregunta, reglón seguido después de las anteriores bromas, pero comprendió que debía desentenderse de la

maligna intencion de su condiscípulas y contestó procurando no manifestarse desazonada:

- Dentro de veinte ó talvez quince dias debe de estar de regreso, pero no se á punto fijo el dia preciso en que debe llegar.

¿Ha durado ausente muchos meses? preguntó una de ellas.

- Cuatro meses.

En seguida la conversacion giró sobre diferentes cuestiones locales, pero cuando se retiraron sus amigas ~~las~~ <sup>á Elisa</sup> dejaron muy desazonada. El limpio cielo de su contento empezaba á nublarse y ella comprendió que la tempestad se acercaba.

A los dos dias volvió una de sus amigas á visitarla á la misma hora, y por consiguiente encontró en la casa á Ernesto; al siguiente dia tocó el turno á otra, - y así sucesivamente cada dia á la misma hora se presentaba en ella alguna visita que ponía á Ernesto de un humor negro. Entonces él cambió la hora de ir á casa de Elisa y al cabo de poco las amigas de Elisa hicieron otro tanto. Cada dia, pues se nublaban más el horizonte y ambos lo entendían así, pero no se habian atrevido á comunicárselo: la sociedad tenía los ojos puestos en Elisa.

Al fin regreso Eugenio y Elisa lo recibió con una amabilidad artificial que llamó la atención de su marido. Su carácter antes sereno y tan tranquilo y tan sereno había cambiado totalmente: ya se manifestaba impaciente, ya preocupada y triste y repentinamente se hacía humilde y sumisa como un niño que oculta alguna falta y quiere hacersela perdonar de automano.

Como antes hemos dicho, aunque Eugenio era naturalmente serio y estudioso y trataba a Elisa más como a una niña mimada que como a su esposa y compañera, - él la amaba con ternura infinita y por ella hubiera hecho los mayores sacrificios. Así llamóle la atención aquel cambio en el modo de ser de Elisa y propúsose descubrir su origen pues presentía algún peligro en la atmósfera de su hogar hasta entonces tan tranquilo y feliz para él.

Casi por intuición Elisa comprendió lo que pasaba en el pensamiento de su marido y temerosa de que se encontrara en su cara con el gesto tuvo la imprudencia de tratar de evitar que este frecuentara su casa, y una vez que se encontró sola con él le dijo que le suplicaba que evitase ir todos los días como antes.

— ¿Porqué es esto? preguntó él con fingida sorpresa.

- No me lo pregunte M., dijo ella bajando los ojos.
- ¿Ya se fastidió de mí?
- No es por eso.
- Ah! ya comprendo, - repuso él, Eugenio le ha prohibido mis visitas..... hace mal... Los mandos son y serán siempre maridos! añadió sonriendo.
- Eugenio nada me ha dicho; al contrario me ha dicho que le agradece a U. mucho....
- ¿Qué? mis visitas?
- El haberme salvado la vida en la Iglesia. Pe-  
-ro....
- ¿Pero qué?
- Talvez extrañará que U. tenga tanta intimidad en casa; antes no venía U. nunca.
- Esto quiere decir, repuso Ernesto fingiendo enfado, que U. me ~~me~~ notifica que me ausente.
- No, eso no!
- ¿Qué no vuelva nunca a su casa! repitió él;
- Que suspenda para siempre la dulce intimidad que había entre los dos.... Sí, añadió con calor, - ya U. no me necesita, - ya volvió Eugenio y mi amistad es inoportuna.
- No diga U. semejante cosa! ¿qué equivocación!
- Señora, U. será obedecida
- Al decir esto se puso de pie.
- Oh! Ernesto, Ernesto! qué injusto es U.! exclamó ella olvidando toda prudencia ante el

el peligro de perder completamente la presencia de quien para ella ya hacía parte <sup>de</sup> su pensamiento y estaba ligado a las fibras de su corazón.

En seguida comprendiendo su falta bajó la cabeza avergonzada, y como él continuara mirándola en silencio, ella al fin se tapó la cara con una mano inclinándose sobre una mesa.

- Elisa, contésteme con sinceridad; dijo él en voz baja y temblorosa; Le causa a U. pena el que nos dejáramos de ver entevamente?

- Por supuesto..... Yo no le caigo eso.

- Ya entiendo lo que U. quiere decir, - pero es imposible.....

- ¿Porqué?

- Porque tengo que verla a U. todos los días o no verla jamás..... U. teme que mi presencia aquí puede disgustar a Eugenio; no es verdad?

- Sí, - así lo he pensado.

- Esto no tiene sino un remedio....

- ¿Cual?

- El vemos clandestinamente.

- En eso no ~~cond~~condire jamás! exclamó ella levantando la mirada con dolorosa sorpresa.

- Entonces no me volverá U. a ver jamás ---

Reciba mi despedida eterna.

- Su despedida eterna?... No diga semejante cosa

ni en chausa, pues todo esto es una chausa de M.

- Créè M. que yo me chanco?... Le aseguro que no hay mas que dos caminos: el no volverse a ver nunca ó convenir en un sitio en que nos podamos hablar..... Por ejemplo en casa de mi hermana, - de Virginia.....

- No, no! no sueñe con semejante cosa.

- Ah! mujeres, mujeres! exclamó él paseando se por el aposento con aire desesperado. Cuan ingrátas son, y cuan incapaces de hacer el más leve sacrificio en nuestro obsequio! Bien podemos rendir la vida por ellas, obedecerles como esclavos; ellas siempre son crueles é injustas.....

- Ernesto, respondió Elicia muy conmovida, en este caso quien es ingrato, cruel é injusto no es la mujer sino el hombre.

En aquel momento y cuando él le iba á contestar se oyeron pasos en el aposento vecino. Ambos guardaron silencio haciendo esfuerzos para serenarse antes de que entrara Eugenio, cuyo paso habrían reconocido. Sin embargo aunque este con una mirada comprendió algo de lo que pasaba, nada dijo ni entonces ni despues de que se hubo despedido el joven.

Aquella misma tarde le llevaron á Elicia una esquela que la sorprendió extraordinariamente.



La carta decía así.

"Hija muy querida: - Aunque hace largos años desde que tenias 8 tuft he vivido siempre ausente y separada de ti, - no creas que una madre puede jamás olvidar sus hijos, sobre todo si estos están en peligro. He vivido en la sombra mientras que pensé que eras feliz, pero ahora que he tenido noticia de que te acerca la desgracia, creo que es mi deber hablar de que no te toques. Así, te suplico que mañana a las 9 de la mañana te encuentres en casa de tu antigua condiscípula y amiga, Clemencia, en donde tendrá el gusto de estrecharte es sus brazos  
tu madre

Valentina"

Sorprendida y presa de mil encontrados sentimientos Elisa pasó la noche en tanto que Eugenio se encerraba en su estudio y ella permanecía sola en su aposento.

Su madre era para Elisa una persona totalmente desconocida, ~~ya~~ no la recordaba con gusto: en primer lugar lo único que sabía ~~de ella~~ era que su padre había prohibido que hablaran de ella a la niña, y así poco a poco se había borrado la imagen de su alma aunque no era tan pequeña cuando sus padres se separaron. Además su madre había tenido un gemio violento y no se

manifesto, <sup>jamás</sup> con ella afectuosa. y Recordaba aun con dolor que las sirvientas decían que ella había preferido siempre a una hermanita pequeña que murió de pocos meses en tanto que su padre la amaba a ella sobre todas las cosas. Su padre había muerto teniendo <sup>ella</sup> once años, y desde entonces sus tutores (pues no tenía parientes cercanos) la depositaron en el convento en donde naturalmente nadie le hablaba de su madre y lo único que sabía era que vivía ausente de su ciudad natal y que todos evitaban mencionarla delante de ella; ¿qué deseaba decir, pues, su madre, al cabo de tantos años de abandono?

Después de haber pasado la noche casi en vela Elisa se presentó a la hora dicha en cara de Clemencia. La aguardaban porque encontró las puertas abiertas y al entrar al salón la salió a abrazar una mujer pobremente vestida, con la tez azada, las manos duras, la voz alta y los modales vulgares y toscos. Esta era su madre! Después de los primeros abrazos que podían haber sido tiernos y no fueron sino fríos por parte de ella y embarazados por la de Valentina, Elisa se sentó en un sofá a su lado abochornada y sin saber como empezar la conversación. No hay nada que rechazar tanto

la simpatía como la vulgaridad. La mujer educada con finura huye de la vulgaridad con más horror que ~~de~~ del crimen mismo. Confieso que esto es una gran falta y un error de la humanidad, pero así es la naturaleza humana y aunque sea error, es la verdad y la reconozco como un hecho psicológico.

- Eres bella, Elisa, dijo Valentina mirando a su hija con los ojos húmedos, y te pareces a tu padre: yo también fui hermosa, pero era otro tipo. Elisa no contestó.

- Te he mandado llamar, - añadió la madre, a pesar de que con ello faltó a una promesa que hice para poder recibir la corta pensión que se me pasa.

- ¿Qué promesa? preguntó Elisa.

- La de no tener ninguna comunicación contigo ni de palabra ni por escrito.

- ¿Quién, madre mía, pudo arrancarle una promesa tan cruel?

- No era cruel, sino justa, - contestó ella. Yo había faltado a mis deberes como esposa y como madre y debía sufrir las consecuencias.

Elisa se sonrojó y bajó los ojos. Algo de esto había adivinado, pero le dolía que su madre ~~hubiera~~ ~~en~~ ~~lo~~ ~~confesara~~.

- Pienso que no debería humillarme a tus ojos,

dijo Valentina comprendiendo con rara perspicacia el pensamiento de su hija; pero yo he hecho el sacrificio de venir hasta aquí con la intención de salvarte.

- Te salvaréme! exclamó Elisa.

- De salvarte de una suerte como la mía. No ha faltado quien me avise que estás al borde de un precipicio y quiero anancarte de allí.

- No entiendo..... repuso Elisa en voz baja.

- No te pido que me confies nada, - guarda tu secreto, hija mía, y quiera el cielo que nadie, en el mundo lo sepa ni lo descubra jamás a las claras!

Elisa volvió la cara para otro lado.

- Quiero hablarte con franqueza y decirte cosas que jamás he confiado a nadie.

- Madre! exclamó Elisa; ¿era necesario, cree M. que yo oiga esto? No sabe M. cuánto sufriré!

- Ya lo comprendo. Las medicinas no son nunca agradables; cuando estaba chiquita no querías tomar ningún remedio cuando tenías fiebre....

Ahora tienes fiebre moral, hay que apurar la medicina por buenas ó por malas...; ¿Te acuerdas de tu padre?

- Ah! cómo no! era tan bueno conmigo y me amó siempre con ternura infinita, inalterable.

- Crees que yo no te amé lo mismo! Elisa, eres cruel,

pero yo merezco esto y mucho más....

- Madre, dijo Elisa apretándole la mano con ímpetu, - yo no pensé ofenderla.....

- Lo crees, hija mía, - pero tu sabes ó más bien no lo sabes: la gente desgraciada es susceptible, y siempre piensa que se le quiere ofender.

- Perdoneme, madre! perdoneme.

- No tengas cuidado, - ni necesitas perdon.... Te hablaba de tu padre, - añació; no es cierto? Recordarás que era hombre amigo de sociedad, alegre, festivo y é impresionable como un niño. Me conoció en mi pueblo durante unas fiestas que se dieron allí y en cuyos bailes me exhibí por primera vez delante de extraños, pues como mis padres eran de nacimiento humilde y pobres no podían darme educación en el campo en donde vivíamos todo el año, - pero merced á la madre de tu amiga Clemencia, que me conoció en una temporada que pasó en mi pueblo, - merced á sus empeños me permitieron concurrir con ella á esas fiestas. Como te dije yo era hermosa, lozana, rolliza, fresca y de humor alegre, - tenía diez y seis años entonces y no había cumplido muchos meses más cuando vine á la ciudad en calidad de esposa de tu padre que se había encañuchado en casarse con mígu a pesar de mi ignorancia y pobreza.

La transición de la vida libre de los campos a las trabas de la vida social me fue funesta. Me veía abochornada delante de los amigos y amigas de mi marido y casi no me atrevía a hablar temiendo decir algún día parate. Además era horribilmente celosa y me afligía y lloraba durante ~~horas enteras durante~~ las horas que mi marido paraba lejos de mí en tertulias y comidas, pues yo rehusaba acompañarle generalmente temiendo las burlas y los sarcasmos de las gentes de tono. Mi vida era un martirio y el amor que le tenía a mi marido se hacía cada día más violento a medida que yo encontraba que yo desmejoraba física y moralmente bajo los golpes de mis inventadas pesadumbres y locos celos. Su padre era naturalmente amable y aguantaba con una paciencia angelical mis impertinencias tratando de tenerme contenta a toda costa. Yo le obligaba diariamente a que me repitiera que jamás había amado a ~~otra~~ <sup>alguna</sup> mujer antes de conocerme, y a que me jurase que nunca pondría los ojos en otra. Solo esto me calmaba y daba tranquilidad.

"Así se pasaron varios años y entre tanto tú habías nacido, se me habían muerto dos meses más al nacer y tenía una niñita, Juanita,

que era mi particular encanto, pero que perdí despues....

- Si, dijo Elisa, me acuerdo de la chiguella, y lo mucho que M. la quería.

A la madre se le llenaron los ojos de lágrimas, pues una madre jamás recuerda sin angustia la muerte de un hijo, aunque se pasen muchos años y el niño sea pequeñito.

- Como te iba diciendo cuando tu tenías unos seis ó siete años y Jaanita unos pocos meses me sucedió la siguiente aventura que fue la fuente de todas mis desgracias porque los celos mataron en mi corazón el amor a mi marido que era mi único apoyo y mi sola esperanza.

- Por ventura, madre, dijo Elisa, a M. le han dicho que yo soy celosa?

- No, Elisa, tu empieras por donde yo acabé y esto es lo que me alarma: tu no amas a tu marido ya....

Elisa bajó la cabeza y no contestó, la madre continuó:

- Bien, pues, como te iba diciendo: estaba un día en mi recámara con la niñita que perdí en las faldas y tu a mi lado cuando me avisaron que me aguardaba en la antecala una costurera que me habían recomendado como honrada y laboriosa. Entregando la niña a la niñera salí a hablar con la costurera. Era esta una mujer joven aun

y debia de haber sido bien parecida aunque enton-  
-ces estaba flaca y ajada; llevaba de la mano <sup>a</sup> una  
niñita algo mayor que tu aunque mas pequeña.  
Tanto la mujer como la niña estaban limpias  
-aunque escasamente vestidas, y la ultima mira-  
-ba con ojos de sorpresa y envidia un monton de  
juguetes que tu habias dejado en un rincon del  
apartamento.

"En tanto que yo hablaba con la mujer y exa-  
-miraba las costuras que me llevaba como mues-  
-tra de lo que podia hacer, tu te entretenias en  
-señalandole a la niña tus juguetes favoritos. La  
-inspecta con sus costuras dejó a la costurera en la  
-anterala y entreme a la pieza vecina en busca  
de las telas que la debia dar para que cortara  
algunos vestidos para Juanita (vida mia!)

La puerta que separaba los dos aposentos era de  
cristales y ademas siendo el interior mas oscuro que  
el exterior yo podia ver desde adentro lo que suce-  
-dia en la anterala sin ser vista. Pocos momen-  
-tos despues vi que mi marido entraba de la calle,  
por y al atravesar por la anterala, la costurera  
que tenia la espalda vuelta se volvió, y al ver-  
-le se puso palida y tuvo que apoyarse en un  
mueble, mientras que Juan la miraba tambien  
sorprendido, exclamando ambos simultaneamente:

- Juan!
- Francisca!



Me acerqué a la puerta y pude oír el siguiente diálogo.

- Caballero, decía ella en alta voz, pero entrecortada por la emoción, - al fin le encuentro.... después de ocho años de abandono...!

- No fué culpa mía, - contestó él acercándose y hablando bajo.

- Sería ~~por la~~ mía! repuso ella con amargura.

- Yo era ~~un~~ ~~poor~~ estudiante entonces, hijo de familia y sin recursos propios....

- Yo la hija de un pobre artesano pero honrado y pundonoroso.... Desde que U. dejó de ir a mi casa y me ~~consideré~~ engañada; cuan desgraciados fuimos todos!

- ¿Yo que tenía que ver en eso?... y aun recuerdo que le dije que <sup>no</sup> podría volver a visitarla en mucho tiempo.

- Me aseguré que su ausencia no pararía de una semana y he contado más de ocho años! Mi madre murió a poco, llena de tristeza al ver mi triste posición y mi deshonra: mi padre avergonzado abandonó el barrio en que le conocían y ocupaban y al fin lleno de achaques no puede trabajar.... Yo, pues, sola tengo que sostener la familia y a esta niña....

- ¿Porqué no me hizo saber su posición? yo la hubiera socorrido con gusto, respondió él.

- ¿Acaso yo sabía su verdadero apellido y domicilio?

- Papa! exclamaste tu acercandote a' él llevandole a' la ninita de la mano, - mira la ninita que agraciada es; dice que se llama Juanita, como mi hermanita y tiene los ojos azules como ella y como los tienes tu.

Mi marido trató de acariciar a' la niña y la costurera exclamó:

- U. es pues el dueño de casa?

- Sí, - contestó él

- ¿Y la señora es su esposa?

- Sí.

- Juanita, dijo la costurera tomando a' la niña de la mano con ímpetu, - salgamos pronto de esta casa.....

- No aguardamos a' que venga la señora? respondió la ninita; ¿Y las costuras?

- No aguardo nada ni a' nadie.... ven!

Mi marido se acercó a' la ninita y le puso una onza en la mano, preguntandole en voz baja en donde vivia. Pero antes de que esta hubiera podido contestar, la costurera le arrancó la moneda de oro de la mano y la tiró al suelo diciendo con altanería:

- Ni ella ni yo necesitamos de sus socorros, ni de sus visitas. Ella aprenderá a' trabajar como lo hago yo y por lo menos viviremos honradas y tranquilas.... Adios, caballero!

Al decir esto salió apresuradamente de la antecámara y de casa.

Al cabo de algunos momentos salió yo y encontré que Juan guardaba la onza que acababa de recoger del suelo.

— ¿Qué se hizo la costurera que estaba aquí? pregunté, fingiendo no haber oído nada del diálogo.

— Se iría.... la vi salir, - contestó.

— ¿De la casa?

— Lo presumo.

— No me dejó ningún recado?

— No sé.

— Me pareció haberla oído hablando contigo... ¿La conocías?

— ¿A la costurera?

— Sí.

— ¿Qué voy yo a conocerla?... ¿Qué absurda eres!

— ¿Con que nunca la habías visto antes?

— Nunca.

Al decir esto tomó otra vez su sombrero y volvióse para la calle.

No tienes idea Elisa lo que sufrí entonces, pero me propuse no dar voz a mis celos sino que los guardé en el fondo de mi alma hasta que devoraron enteramente el amor que le tenía a mi marido.... - pues yo no podía perdonar su

falsedad y su engaño. En mi <sup>co</sup> polo <sup>de</sup> mun-  
do consideré <sup>imperdonable</sup> ~~que~~ su falta de sinceridad con-  
migo..... Era injusta, lo confieso, pues despues  
comprendí que él me consideraba más co-  
mo á un niño que se le tiene contento á cual-  
quier precio, aunque sea engañandolo, y por  
otra parte, él sin duda no consideró que si-  
una falta cometida antes de casarse <sup>no</sup> podía  
ser de mi dominio y que era lícita la mentira  
en ese caso. A la pérdida de la confianza en  
mi marido se unió la muerte de Swantha,  
la que se enfermó desde el día en que estuvo  
en cara la malhadada costurera..... Mi  
matrimonio estaba minado por la desconfian-  
za y el resentimiento. Yo no volví á manifes-  
tarme celosa, pero en cambio mi marido le  
disgustaba que ya no buscara la dicha en  
mi hogar, sino que sin cesar andaba en pa-  
reseos y diversiones, dejandome galantear por  
los jóvenes tanto más cuanto notaba que él  
<sup>á su turno</sup> estaba chocado y celoso con mi conducta.  
Entre los jóvenes que frecuentaban enton-  
ces la sociedad, yo puse los ojos en uno  
que me pareció un dechado de virtudes y  
de hechizos..... Tal fin una madrugada me  
salí de la casa de mi marido, abandonandote  
y dejando atrás ~~el~~ el honor y el deber y con esto

la tranquilidad del alma y todo lo que hace que la mujer soporte las desgracias con resignación. Todo lo abandoné por seguir a un hombre que juraba amarme hasta la muerte y ampararme y protegerme hasta el fin de mis días"....

Elisa había escuchado la última parte de la narración de su madre con sumo bochorno, - pero al llegar a este punto dijo:

- ¿Él le fué fiel?

- Sí.... durante tres meses fingió amarme.

- ¿Después?

- Encontró un pretexto cualquiera para abandonarme.

- Era que no la amaba en realidad!

- ¡Cómo no lo había de creer yo si me juraba que en mi ausencia parecía de tristeza, que sin mí la vida era un desierto y por último llegó a decirme que si no abandonaba a mi marido no respondía de ~~garantizar~~ su propia existencia.

- Miserable perjurio! exclamó Elisa.

- Así lo consideré entonces, - pero después con el conocimiento del mundo he venido a sacar en limpio que todo se paga en este mundo, y que si una mujer no se hace respetar tampoco puede esperar que la amen verdaderamente.

- Así será talvez.... pero, madre, hay excepciones, no lo dude U....

- No, hija mía, la experiencia es la verdadera luz de la vida. "Una falta no puede llevar consigo sino el germen de la desgracia", - le oí decir una vez a un predicador, - "no se puede convertir lo negro en blanco, sin que queden señales de su primer tinte...."

- Pero cuando se vio abandonada ¿qué hizo U.? preguntó Elisa.

- Me vi en la necesidad de trabajar noche y día, en un país extraño, para mantenerme. Felizmente la madre de Clemencia era la única persona con quien correspondía y ella me daba noticias de tí.... Al fin me enfermé gravemente; las gentes en cuya cara vivía le escribieron a mi amiga describiéndole mi vida, mis penalidades y mi enfermedad. Ella le dio cuenta a mi marido de mi pobreza y abandono. El me mandó ofrecer una pensión vitalicia si yo ofrecía vivir siempre lejos de tí y no tener contigo ningún trato ni comunicación. Yo acepté la mitad de la pensión que me ofrecía tu padre, por dos razones. Primero: porque temía vivir de limosna o morir de hambre si volvía a enfermarme, y Segundo: porque así podía tener noticias directas de tu sa-

y de tu existencia, - pues ya no me quedaba otra persona á quien amar....

Elisa abrazó á su madre llorando y al cabo de algunos momentos continuó esta así:  
 - Por lo menos puedo asegurarte que si fui culpable y muy criminal una vez, - era falsa la he expiado con lagrimas de sangre y mil suprimientos diarios. No fue la menor al principio tener que vivir en medio de una sociedad honrada pero vulgar, entre gentes que viven de su trabajo manual, pues aunque tenia pensión esta era tan módica que tenia que trabajar para gozar de algunas comodidades. Sin embargo al fin me he acostumbrado á esa sociedad y aun creo que me he vulgarizado mucho.....

- Pero, dijo Elisa interrumpiendola ¿por que vienes U. aquí ahora, contra sus promesas, y quien le habló de mí?

- Vine porque recibí una carta en que me decian que tu reputacion empezaba á comprometerse y que corrias el riesgo de reunir con tu marido cuando él llegara..... Apenas recibí la carta vine al momento á batallar de salvarte del peligro que te amenaza. Los consejos eran inútiles

en este caso..... y por eso resolví referirte mi historia: el ejemplo y la experiencia son mejores que los discursos morales. No quiero a hora decirte más nada. Vuelve a tu casa, hija mía, medita en lo que te he dicho, y que Dios te ilumine!

— ¡Tan pronto! dijo Elisa, ya enteramente reconciliada con su madre.

— Sí, - es tarde, - es tiempo que pongamos fin a esta entrevista.... Pueda ser, Elisa querida, que algún día nos volvamos a ver: ahora adios, adios!

Al decir esto estrechó a su hija entre sus brazos ambas llorando. Valentina corrió en seguida a encerrarse en su estancia y Elisa se dirigió a su casa.

— No hay duda, pensaba ella, - quien le avisó a mi madre que viniera fue la madre de Clemencia, por indicaciones de su hija. No comprendo porque es que ultimamente Clemencia se ha propuesto vigilarme con tanto ahinco!



Aquel mismo día se presentó Virginia en casa de Elisa a hacerle <sup>por</sup> la primera vez en su vida una invitación a una tertulia que pensaba dar en su casa al día siguiente.

— Es el cumpleaños de Fedeo, dijo, y deseo hacerle un obsequio de su gusto, invitando a tomar el té en casa a todas nuestras amigas.

Elisa comprendió que la tertulia había sido inventada por Ernesto para poder tener con ella una entrevista, que ya no podía ser en casa de Eugenio. Así ella no se atrevió a contestar: sentía que sus mejillas se sonrojaban y que sin duda Eugenio notaba su turbación.

Viendo el silencio de los dos esposos, Virginia, que no comprendía nada por intuición, los miró sorprendida y dijo:

— Espero que V. V. no rehusarán mi invitación!

Eugenio contestó:

— Yo haré lo que quiera Elisa....

— ¡Qué aspecto tienen ambos! Parece como si se tratara de un negocio de Estado.

— Repito que dejo a Elisa libre para concurrir a la tertulia o a no concurrir, repuso Eugenio.

Elisa comprendía que la prudencia le mandaba rehusar, y al mismo tiempo nació en ella un deseo ardiente de ver a Ernesto por la última vez tal vez, oír su voz dirigiéndose a ella y después tendría valor para todo. Así haciendo un

esfuerzo supremo para serenarse dijo sonriendo al cabo de algunos segundos de vacilacion:

- Naturalmente tanto Eugenio como yo, tendremos el mayor gusto etc ir a tu casa.
- Bien, dijo Eugenio manifestandose más y más serio: hara M. su gusto, Elisa.
- ¿Es decir, dijo preguntó Virginia, que M. rehusa acompañar a Elisa?
- Al contrario.... ve con ella por supuesto....
- ¿No serias tan amable Elisa para como para llegar a casa antes que los demás convidados, pues quisiera que dieras un golpe de vista a mis preparativos y me dijeras si todo esta como se usa..... Hace tanto tiempo que no concuro a ninguna tertulia que temo incurrir en mil faltas!

Eugenio que ya salia del aposento se detuvo para escuchar la contestacion de su mujer.

- No, dijo esta, viendo el movimiento de Eugenio: en eso no te puedo dar gusto, pues no quiero ir sin mi marido.....
- Como esta recién llegado! respondió Virginia estan de novios otra vez.....
- Fue noviazgo tan rancio! exclamó Elisa.
- Así lo veo, - dijo Eugenio saliendo.

Virginia salió tambien y Elisa se quedó sola.

El alma de Elisa estuvo presa de mil vacilaciones durante aquellos dos dias que precedieron a la tertulia. Ya se resolvia a enviar su excusa a Virginia y permanecer en su casa bajo pretexto de indisposicion, - y a preparaba y meditaba en el tocado que debia llevar, pensando en ataviarse con lo que mejor le sentara, - ya se resolvia a ir, pero para rechazar toda conversacion con Ernesto y manifestarse fria e indiferente...

Perpleja, irresoluta y vacilante paso las horas, pero cuando llego el momento de estar lista para la tertulia Eugenio la halló vestida y preciosamente prendida.

En breve hizo Elisa su entrada casi triunfal al salon de Virginia en donde turbada y conmovida vio de lejos a Ernesto como en medio de la niebla: tal fue la conmovicion que sintió y el rubor que inundó sus mejillas y lo turbó que se le pusieron los ojos.

- Alma de mi alma, vida de mi vida, mi angel, mi esperanza! le decia Ernesto en el oido a Elisa una hora despues al lanzarse en medio de los que ballaban un walse con Elisa en los brazos.

Elisa trató de desasirse de él y manifestarse descontenta con sus palabras audaces, pero no pudo, y

fuele preciso resiguarse á escuchar lo que le dijo en seguida:

— Cuanto he sufrido en estos días de ausencia, á nadie lo he dicho, y cuan feliz soy en este momento....

Ernesto usó de prudencia durante la primera hora de la noche y aunque se acercó á saludar á Elisa no la invitó á bailar sino despues de haberlo hecho con otras. Si él se le hubiera acercado con demasiada prisa y urgencia Elisa talvez hubiera tenido fuerza para resistir al encanto de sus palabras, pero él la dejó aguardando su invitacion, y esto produjo en ella cierto sentimiento de abandono que se convirtió en júbilo y profundo contento cuando ya él creyó llegado el momento de acercarsele.

Cuando Elisa salió de la tertulia llevaba sobre su corazón un billete que le habia dado Ernesto en el momento de despedirse de ella á la puerta de la casa de Virginia hasta cuyo umbral la acompañó. Cuales hubieran sido los sentimientos de Elisa en aquel momento si hubiera adivinado que era la última vez de su vida que Ernesto apretaba su mano y que escuchaba su voz? Felizmente Dios en su misericordia no ha dado el don de profecía sino á algunos de los santos que

vivieron en otras épocas, y solo esto nos salva muchas veces de la desesperación y el tedio de la vida.

A su regreso de la tertulia Elisa se sentía aturrida y agitada y no era en realidad fingida la incómoda posición que pretextó para rechazar los servicios de sus sirvientes y querer desvestirse sola y sin testigos. Apenas se encerró en su aposento, notando que empezaba a nacer la aurora, apagó la luz y abrió la ventana con la intención de leer el billete de Ernesto a la luz del día.

Lejólo una y dos veces casi sin comprenderlo, pues el pulso le palpitaba, los ojos se le nublaban y la cabeza se le iba y se le venía. Al fin por tercera vez comprendió lo que significaban las palabras del hermano de Virginia y fue tal su sentimiento que creyó morir al leer lo siguiente de dolor y de vergüenza.

2 de Febrero de 18.

Con las dos de la mañana, dolatada Elisa, y arrancándome de su lado por algunos momentos he venido a escribir este billete en el estudio de Fades, para entregárselo en el momento de despedirme de Usted al salir de la tertulia. ¡ No es cierto, amada mía; que ámbos hemos sufrido muchísimo

durante estos días que nos hemos visto forzados  
 á no vernos? ¿Lúe será, pues, de nosotros cuan-  
 do esta ausencia se prolongue y no nos ven-  
 mos sino como extraños? Yo por mí sé de-  
 cid que siento que no podre ~~respetar~~ sufrir  
 semejante vida por muchos días y semejan-  
 te existencia desolada y aflictiva me causa-  
 rá la muerte, pues yo sabré buscarla en don-  
 de se halle mas pronto..... U. me lo dijo peren-  
 -torriamente un día, y hoy me lo ha repeti-  
 -do; no puede ó mas bien no quiere acceder  
 á verme secretamente; respeto sus sentimien-  
 tos, pero yo no puedo vivir sin U....; ¿Lúe  
 dirá, pues, de un proyecto que se me ha  
 ocurrido y con el cual nunca nos separa-  
 remos en la vida?.... Me han ofrecido una  
 misión diplomática en un país lejano, a  
 la cual debo partir dentro de quince días.  
 ¿Querrá U. confiar su suerte á mi amor  
 profundo, respetuoso, y eterno é inconsu-  
 -rable?... Cree U. que Dios, que ama tanto  
 á sus criaturas podría ser tan cruel que mi  
 probara este proyecto? No lo crea, él no quiere que  
 seamos desgraciados y de seguro mirará con be-  
 -nignidad un paso que califican de falso los cor-  
 -tos de vista y calumniadores del Omnipotente.  
 En su mano está hacerme eternamente desgra-

-ciado o completamente feliz.... Yo podría a-  
-reglar el viaje para los dos sin que nadie  
caiga en la cuenta ni se pueda traslucir  
este proyecto. De lo contrario, cuente con que  
mi vida será corta..... es más difícil seguir  
viviendo que dejar de existir. Todo, Todo lo po-  
-dría aguantar a Todo me resigno en este  
mundo antes que verme separado para siem-  
-pre de la estrella, el sol de mi vida, de la  
reina de mi corazón y el dueño de mi al-  
-bedrio.....

"No tengo de escribir más tiempo. Medite  
H. Elisa de mi alma, en este proyecto y  
mañana a las dos de la tarde aguardaré  
mi sentencia en una entrevista que le pido  
para esa hora en casa de Virginia mi  
hermana."  
Fuyo en la vida y en la muerte  
Ernesto.

Como dijimos más arriba Elisa estaba en-  
ferma y germinaba en ella sordamente u-  
na enfermedad que se había empezado a  
desarrollar el día en que Ernesto la salvó  
del incendio. Dos veces ya en los anteriores  
días había sufrido, casi sin saberlo ella, li-  
-geros desvanecimientos que le habían quitado

el sentido por algunos momentos, <sup>y aunque</sup> ~~causa así~~ <sup>127</sup> en  
 -bando albor, ~~para~~ no le causaban casi ningún  
 dolor físico, salvo una vehemente palpitación  
 -ción en el corazón.

- Madre, madre! exclamó Elisa a media  
 voz; será posible que yo siga su mismo ca-  
 -mino de amargura y que en dos existencias  
 consecutivas se repitan los mismos sucesos?

Un trastorno horrible ha sido tratar de  
 buscar apoyo en un sillón cercano, pero no  
 pudo llegar a él; perdió repentinamente el  
 equilibrio y cayó repentinamente al suelo lar-  
 -go a largo, cual un cuerpo muerto y sin  
 vida, dejando al mismo tiempo la carta,  
 la cual fue volando a caer en la mitad  
 del aposento.

Eugenio, - que se paseaba también agi-  
 -tado y descontento en su estancia, - oyó el  
 ruido de la caída y quiso entrar a la alcoba  
 de su mujer, pero la encontró cerrada  
 por dentro. Entonces empujó otra puerta y  
 la ~~abrió~~ <sup>abrió</sup> sin cerrojo; <sup>por allí</sup> ~~así~~ pudo penetrar y  
<sup>7</sup> ~~vió~~ tirada en el suelo inmvil y cada  
 -verica <sup>a la pobre Elisa</sup> ~~de~~ se dirigía hacia ella cuando no-  
 -tó la carta, la levantó presintiendo algo  
 de lo que encerraba, busió con los ojos rá-  
 -pidamente la firma, y al verla olvidó la



situación precaria de su mujer y puso a leerla no dice con qué sentimientos, pues fácilmente se comprende lo que pasaría por él en aquellos momentos.

Cuando Elisa volvió en sí Eugenio acababa de leer las últimas líneas de la carta de Ernesto y fijaba en ella sus aversivas miradas. Ella se enderezó pero ocultó la cara entre las manos aguardando con angustia las palabras y con que debía de apostrofarla su marido. Pero él se contentó con mirarla desdenosamente y volviéndole la espalda hizo amago de salir del aposento.

- Elisa se levantó tambaleando y aturdida y tirándose delante de él exclamó:
- Eugenio ¿ adonde va U. ?
  - A buscar al galán que le dirigió a U. esta carta, - contestó él en voz sorda y baja.
  - ¿ Para qué ?
  - Para castigarle, quitándole la vida.
  - ¿ Se quiere U. convertir en asesino ?
  - Ah! y por ventura este miserable no ha asesinado mi honra, mi vida y amargado para siempre mi existencia ?
  - No, Eugenio, no.....

- No es asesinarme mil veces querer sacarla a U. de su hogar y convertirme a mí en el ser más vil?
- Le juro a U., Eugenio, que yo jamás, ni por un momento pensé en aceptar....
- Esos juramentos vienen tarde señor, U. me ha engañado, y yo, como hombre de honor, tengo de castigar severamente a los delincuentes
- Yo no lo he engañado.... Lea U. otra vez esa carta y en ella encontrará la prueba de que lo que digo es cierto.
- U. es, según veo, no solamente falsa, sino cruel!
- Merezco esos insultos, lo confieso, pues bien conozco mis faltas, pero no soy ni he sido falsa nunca, - y en cuanto a cruel, no sé como no merecer que U. me llame así.... pero, ¿qué más quiere U. que diga sino que hayo solemne voto de vivir en adelante consagrada a mi esposo en capricación....?
- No acepto consagración de una mujer que no merece tener esposo honrado.... Adios, señor, nos veremos después....
- Y al decir esto volvió a tratar de salir de la estancia.

Volvió Elisa á pasarsele por delante diciendo:  
 — Repito, Eugenio; que' más puedo ofrecer sino con-  
 sagrarme á darle gusto á U. en todo el resto de  
 mi vida en expiacion de haber permitido  
 que se me entregue esa carta ..... pues juro  
 á U. por lo más sagrado que el ofrecimiento  
 me indignó hasta el punto de sentir lo que  
 jamás habia sentido.

Eugenio no le contestó, pero tampoco salió  
 sino que se puso á medir con sus pasos el aposento  
 de uno á otro lado. Viendo que sus palabras le ha-  
 bían hecho alguna impresion Elisa ~~no~~ turbó sus  
 reflexiones, mas se sentó en silencio y ni á respi-  
 rar se ~~atrevia~~, temiendo nuevas reconvenções. Al  
 fin volviéndose á ella:

— Me dá U. su palabra, le dijo, de que en este  
 asunto se conformará U. con la determinacion que  
 yo tome en este asunto?

— Sí, pero con una condicion.

— Cual?

— La de de que U. me dé su mas solemne pro-  
 mesa de no provocar á duelo á..... Ernesto, ni  
 hacerle ningun mal.

— Ah! con que eso es lo único que le importa á U.?

— Lo único no, pero sí me importa.

— Qué cinismo! U. lo confiesa?

— Por supuesto.....; No seria cosa terrible que muriera

- un hombre por culpa mía?... Además en un duelo, ámbos combatientes corren riesgo...
- Esta bien. M. me aguardará en este aposento sin tener comunicacion con ninguna persona de fuera hasta que yo vuelva.
- ¿Pero, promete M. lo que le pedí?
- Todavía no sé.
- Eugenio, por Dios!
- No me exaspero M., Elisa, dentro de una hora sabrá M. mi decision.

Y al decir esto salió cerrando la puerta por fuera, y momentos despues oyó Elisa que daba órdenes á los sirvientes de que no la fueran á turbar el sueño, pues estaba cansada y deseaba dormir una ó dos horas más.

Así se pararon dos, tres horas de angustia para Elisa, las que fueron para ella de increíble angustia y desesperacion, pues veia su vida perdida, su honor en peligro y lo que era peor: ya se habia convencido que en este mundo no puede haber terminos medios, y que no se puede servir á dos ámos sin engañar á uno, ni cumplir con sus deberes como Dios quiere si se tiene en el alma un afecto indebido. Además se persuadió que Ernesto se habia manejado con ella muy mal, puesto que se atrevia á hacerle una propuesta que una mujer que tuviera algun respeto por sí misma jamás podia escuchar.

- Las dos de la tarde ! exclamó repentinamente Elisa al oír la hora. Recordando que aquella había sido la última oportunidad que hubiera tenido en su vida para ver á Ernesto, olvidó su resentimiento con él y tirándose sobre su cama lloró amargamente, diciendo entre los sollozos que razgaban su pecho :

- Nunca más ! nunca más le veré ! Dios mio ! Dios mio ! Dadme resignación, dadme consuelo !

En aquel momento oyó que Eugenio cerraba la puerta de su cuarto y bajando las escaleras salía á la calle. Elisa loca de aprehension abrió la ventana que adaba á la calle y lo llamó. La primera vez la miró y siguió caminando, pero la segunda vez fue tal la expresion de angustia que habia en la voz de Elisa que se devolvió él prontamente y entrando al aposento de su mujer le preguntó si le ocurría alguna novedad.

- Descaba saber adonde iba M. Eugenio; contestó ella con voz débil.

- ¿Le importa á M. ?

- Si, me importa mucho.

- ¿Feme M. que su amigo corra algun riesgo ?

- Mi amigo !

- ¿Quere M. que se lo nombre de una manera más expresiva ?

- Eugenio era implacable. Elisa bajó los ojos y rodaron por sus mejillas dos lágrimas, las que notó él.
- Elisa, la dijo su marido con una voz ménos constante, - verdaderamente me compadece su situación, y le mostraré otro billete que he tenido la fortuna de leer escrito por el mismo caballero que tantas penas le causa à U.
- Pero este billete, respondió ella recibiendo el papel, no ha sido dirigido à U., sino à mí probablemente.
- Efectivamente; repuso Eugenio, y añadió con una sonrisa irónica: aunque no acostumbro nunca leer cartas ajenas, hay circunstancias en la vida en que sería una falta no solamente dejar las de leer sino que sería un delito no contestarlas.

La carta decía así:

"Amadísima Elisa: no es prudente que U. se presente hoy en cara de Virginia ni que talvez salga de su casa. Si U. accede à mi ardiente suplica bastará que yo la vea presentarse un momento al balcon de su salon de las cinco à las cinco y media de la tarde llevando en la cabeza una cinta roja. Yo la veré, aunque U. no me vea y eso bastará para hacerme el más feliz de los mortales. Mañana me volveré à comunicar con U. Su esclavo y su amante siervo  
E.

Después de leerlo Elisa permaneció con los ojos clavados en el suelo, muerta y humillada.

- Desearía U. saber cómo llegó esa preciosa carta a mis manos? preguntó el marido.

- ~~¿Qué se plasma... cosa U. quería.~~ Elisa no contestó.

- Pues bien, le diré <sup>y añadió él</sup> que hará unas dos horas cuando se presentaba a preguntar por U. una sirvienta de casa de Virginia, y como le dijeran que U. aún no se había levantado, dijo que no podía entregar la carta que llevaba sino en manos de la señora y que volvería después. Comprendí que esto era sospechoso y bajando a la puerta en el momento <sup>en</sup> que ella salía le pedí la carta, la que tuvo que entregarme. El sobre era de letra de Virginia, pero en el interior estaba ese papel. Es justo, - añadió Eugenio, - que puesto que ha leído el billete del galán U. se imponga de la contestación del marido.

Y le entregó una carta abierta que ella desdobló temblando y leyó:

"Señor Ernesto N. x x

Mis testigos se presentarán en casa de U. entre las cinco y las cinco y media de la tarde, lo cual no le sorprenderá a U. si aun tiene un

épice de honor y de vergüenza. He dado instruccio-  
nes a mis testigos para que arreglen el combate  
de manera que uno de los dos quede en el cam-  
po.

"Eugenio F. x x x

"Su casa a 3 de Febrero de 18 x x

Cuando hubo acabado de leer el billete Elisa  
dió una gran voz y tirándose a los pies de su  
marido le dijo retorciendo las manos con loca de-  
esperacion:

- Eugenio ! Eugenio ! Por Dios no mande U.  
esa carta !... No la mande U. Se lo ruego, se  
lo suplico de rodillas !....

- Es tarde, - respondió él.

- Dios mio ! Dios mio ! Qué haré yo para  
ablandar este corazon de hierro !

- Nunca habia sido de hierro hasta ahora,  
contestó él con dureza ; bien, señora, me  
ha empujado a la desgracia ¿ bien ? sino U.  
; Por ventura alguna vez la he ofendido a U.  
en algo ? Algun<sup>vez</sup> ha podido U. dudar del amor  
que la tenia ? Formule U. una queja contra  
mí que sea justa y la perdono .... Ah ! mi  
conciencia está pura de toda ofensa ni con el  
pensamiento ..... Bien sabe U. que yo jamás  
he amado a nadie sino a U. en el mundo, y que



faltándome U. me faltará Todo; ~~en esta mundo,~~  
y por consiguiente mi corazón en adelante será de  
hierro: tiene U. razón mi corazón es de mármol.

- Eugenio, exclamó ella poniéndose de pie y acer-  
cándosele con ímpetu: tiene U. razón.... pero la  
culpable soy yo y nadie más, y sólo á mí debe U.  
castigar: pararé el resto de mi vida en un con-  
vento si U. lo desea; tomaré veneno si U. lo man-  
da; me dejaré matar sin dar una queja si es-  
to lo satisface á U..... pero no lleve U. á cabo  
ese duelo!

- Ah! señora! exclamó el pálido y temblando,  
¿Tanto así teme U. por su vida?

- ¿Acaso la suya no corre igual riesgo? Y créa U.  
que yo no me volvería loca si U. muriera por  
culpa mía?

- Le agradezco mucho el interés <sup>que</sup> por mí toma  
U..... pero me permito dudar que le causara tan-  
to sentimiento como U. pretende pintarme; - pues  
si fuera así de seguro no hubiera puesto Todos los  
medios para olvidar sus deberes, y el respeto por  
mi nombre que U. lleva actualmente.

- Tiene U. derecho de herirme y ridiculizarme, <sup>× dijo ella ×</sup> lo  
confieso, - pero no de despreciarme, - pues yo nunca,  
ni por un momento, se lo repito, se me ocurrió  
aceptar la triste é irrespetuosa propuesta que me

hacia ese señor en el billete que U. leyó, - y aun más, por el veris U. que yo nunca había permitido que me viese claudertivamente.

- Pero antes de mi llegada, exclamó Eugenio; no era libre para entrar a esta casa a toda hora y sin que hubiese quien desaprobara la conducta de U. ?

- Antes de la llegada de U. me visitaba frecuentemente, pero como amigo y nada más.

- Como amigo ! Ya comprendo esa clase de amistades !...

- Se lo aseguro a U. se lo juro si es preciso : entre él y yo, antes de la llegada de U. jamás se cruzaron palabras que no fueran de la más pura y santa amistad. Hice mal en permitir su presencia aquí casi todos los días pero ~~en~~ esto fue más bien obra de mi inexperiencia que otra cosa; yo no pensaba que pudiera ser culpable esa amistad que solazaba mi espíritu y no pedía nada en cambio..... Hoy ya conozco mi error y me arrepiento de él, lo conocí al leer esa carta que U. vio en mis manos y U. recordará que fue tan terrible la conmoción que sentí que perdí el conocimiento y me produjo una fiebre que en este momento me devora....

El la miró con menos ira y aun con alguna compasión.

— Hablemos, Eugenio, con racionalidad, consi-  
mó ella, tratando de calmar su agitación -  
Veamos la cuestión del duelo por otro lado.

¿No le parece á U. que si U. se batiera con  
Ernesto, aunque ni U. ni él, ni los testigos di-  
jeran el motivo, no ~~lo~~ adivinarían todos el  
porqué y no que daría U. en ridículo (aun-  
que matara á su contendiente) y yo desacre-  
dita para siempre?

— ¿Qué me importaría todo eso, exclamó Eugenio,  
si yo vengara mi honor e hiciera pagar con  
su sangre á ese miserable la mancha que  
ha echado sobre mi honor!

— Bien, pues, dijo ella, matelo U., sacie U. su ven-  
ganza en él..... pero no esponga su vida.

— ¿Cual vida?

— La de U.

El la miró con sorpresa.

— ¿U. me considera capaz de cometer un asesina-  
to? preguntó.

— No sé..... U. hablaba de vengarse.... y cómo eso  
no puede llevarse á cabo con seguridad en un due-  
lo en que U. y él espondrían su vida, - le indiqué  
un medio mas certero.

— Elisa, dijo él lentamente y fijando en ella su mi-  
rada, yo creo que U. sería incapaz de perjurar; podría  
U. jurar sobre esos Evangelios (y le presentó una Biblia)  
que Todo lo que U. me ha dicho es cierto?

- Si juró, - respondió ella solemnemente y poniendo la mano sobre el libro abierto.

- Entonces respóndame M. ¿sería M. capaz de vivir el resto de su vida aislada de toda sociedad y en un país lejano?

- En cambio de que M. renunciara a su venganza me consideraría muy feliz si se me permitiera entrar a un convento de monjas y hacer en él mis votos.....

- ¿Y si no fuera a un convento?

- ¿En donde?

- En un lugar lejano, en un desierto sin más compañía que la mía, y sin comunicación directa con el mundo durante el resto de su vida.

- ¿No le he dicho a M. que no hay sacrificio que no haría?

- Es decir, continuó él ¿que no tendría inconveniente en alzarse de su país y de sus relaciones para siempre, ¿entiende M. para siempre y enterrarse conmigo en un desierto?

- Répito que a todo me obligo en cambio de lo que le he pedido.

- Rompe M. estos billetes a mis testigos, dijo él entregándoselos, y ese que leyó y en cambio escriba M. cuatro líneas, que me mostrará, rechazando las viles propuestas de su amigo y yo me en-

-carga de hacerle llegar la contestación prontamente a su domicilio.

Cuando al cabo de un rato Eugenio volvió al aposento de su mujer halló la carta escrita sobre la mesa y dirigida a Ernesto y a Elisa pálida y fría sobre su cama.

Durante quince días estuvo entre la vida y la muerte. Eugenio la asistió con la abnegación de una hermana de la Caridad pero no permitió que ninguna de sus amigas la vieran, salvo una mujer de edad madura que lo acompañó en las veladas y que nadie vió ni supo que era la madre de la infeliz Elisa.

Una mañana, sin que ~~nadie~~ <sup>nadie</sup> tuviese noticia de las intenciones de Eugenio, - este emprendió viaje sigilosamente (sin que nadie supiere en la ciudad para donde) con su esposa aún convaleciente, llevando consigo <sup>que de</sup> todos sus haberes que se podían transportar. Entonces se supo que había vendido cuanto poseía en el país, pero no había dejado la dirección de aquel que había escogido para su futura residencia.

"Querida Elisa:

"No te puedes figurar la sorpresa que <sup>me</sup> ~~causó~~ <sup>causó</sup> a todos ~~con~~ <sup>con</sup> tu repentina partida y la pena que tuvimos ~~todos~~ <sup>todas</sup> tus amigas cuando se nos dijo que Eugenio había dado a entender que no estabas en tu sano juicio.... Felizmente acerca de esto me tranquilizó el médico que te asistió en tu enfermedad, quien me aseguró que esa chispa no tenía ningún fundamento. - Entonces, le dije; porque habrían prohibido que la viésemos ninguna de sus amigas? - "Porque estaba muy débil, me contestó, y cualquier esfuerzo aún para hablar podía causarte la muerte. Yo fui, añadió, quien aconsejó a Eugenio que la llevara a un clima más benigno y que jamás la volvería a traer aquí."

"Este dicho del médico me lo ha confirmado ahora la carta que me escribiste (no sé de donde) y la que no he podido contestar tan pronto como lo hubiera deseado porque he tenido muchísimo que hacer últimamente, fuera de los cuidados de la familia. Sabrás que he tenido que ocuparme en ~~acer~~ los preparativos para una boda que talvez te sorprendera. La de mi hermano Ernesto con Clemencia nuestra condiscípula. Ayer asistí a él y hoy estoy al fin un poco más desocupada y puedo decirte -

- carta

una parte de mi tiempo. En este momento entró a mi cuarto por un momento Ernesto, y al decirle yo que te estaba escribiendo me encargó que te saludara en su nombre y te diera sus recuerdos. Dije arriba que el matrimonio de Ernesto te sorprendería, pero ahora pienso que talves no será así, pues talves él te había confiado el cariño que le tenía a Clemencia hacía mucho tiempo. él te admiraba tanto y gustaba tanto de tu compañía últimamente! En cuanto a Clemencia jamás habia amado a otro, y desde niña que le conocí en unas vacaciones en casa, siempre le quise y por él rehusó varios partidos.

"Ovidaba decirte que Clemencia heredó hace unos meses la rica herencia de un tío millonario, de la cual no podía disponer sino cuando se casara. Así los novios no solamente serán cómodos sino muy ricos y probablemente felices, puesto que se aman mucho.

"Te incluyo una carta de nuestra antigua amiga Eloira quien me la envió para que te la mandara, - también es contestación a la que tú le dirigiste al mismo tiempo que a mí.

"Te deseo, mi querida Elira, toda clase de felicidades, y una perfecta salud en ese país <sup>que</sup> no olvides a tus amigas de infancia que siempre te piensan con el mayor cariño. Tadeo te presenta

sus respetos, los niños te envían las más afectuosas saludes: todos te recuerdan y se conocen en el album de retratos como a la más querida de las amigas de su mamá. Todos gozan ahora de la mejor salud y el sarampión les dió muy benigno, merced a mis constantes cuidados. Ahora estoy temblándole a la tos ferina para los tres más pequeños que aun la habian escapado. Pedrito está en el colegio, Elisa, su ahijada, ya sabe leer y Enrique ha dejado las enaguas, y funda su orgullo en vestirse como sus hermanos mayores. Tengo la fortuna que los niños jamás me fastidian, a todos los hallo su gracia y su salero y bendigo a Dios cada vez que me manda uno mas.

"Escribeme Elisa mia, pues tus cartas me seran muy gratas y mientras tanto recite un abrazo de tu siempre afma amiga

"Virginia"

La carta que incluía Virginia era la siguiente que transcribimos:

Muy amada Elisa mia:

Tu carta no me ha sorprendido aun que tu te lo figuraste así. Aunque ausente yo comprendia tus sufrimientos y temblaba ante el



pelegró que yo descubrí tanto en tus propias cartas como en las de Clemencia, quien jamás dejaba de hablarme de tí con cierta malevolencia tal vez involuntaria, cuya causa he comprendido despues..... Si, amiga mia, tu como yo, como todas las mujeres buscamos primero la dicha en el amor de los maridos que nos deparó la suerte. Virginia es la que mejor ha comprendido la misión verdadera de la mujer, que consiste en encontrar la felicidad en su hogar sin tratar de buscar un ideal que no existe en el mundo y para el cual no nacimos. Ella se ha contentado con las apariencias y es feliz; tu tratas de idealizar una amistad que no podía ser para en ningún hombre, abandonando el verdadero y grande amor de un marido que lo manifestaba en sus acciones, y no en palabras huecas y falsas como las de aquel que consideraste <sup>como</sup> ser diferente de todos los demás, hasta que hallaste que era de vil lodo..... Yo.... pero de mí te hablaré con algunos pormenores y te haré una confesion que á nadie he hecho y que la mereces en cambio de tus confianzas.

"Recordarás que me casé cuando apenas habia salido del convento y no habia tenido ni tiempo de visitar ni saber lo que es el mundo. Mi marido era un hombre encantador, amable, de

talento, de alta poscion y rico, - además yo lo admiraba y amaba ciegamente. Sin embargo él no me amaba con pasion sino con tranquilo y tierno cariño, pero sin entusiasmo y amor. Yo le chei mucho tiempo conmigo misma antes de persuadarme de aquello, hasta que descubri lo que todos los que le conocian a él sabian: que él habia consagrado su primera juventud a un amor desgraciado que oscurecio su vida y del cual jamas pudo curarse ni olvidarlo. Cuando yo infeliz descubri el secreto de lo que mi corazón habia presentido, es decir que yo poseia su afecto y su persona, <sup>que él que era incapaz de amar como yo</sup> pero que su alma y sus espensas, ~~me poseaban; y cuando~~ <sup>me poseaban; y cuando</sup> sus pensamientos y sus recuerdos eran para el muerto amor de sus primeros años, - lo cual yo jamas podria poseer aunque viviera cien años - cuando me persuadi de esto no dire lo que sufrí..... Comprendi que yo seria para él la tierna madre de sus hijos a quien proferaria grandisimo respeto a sus cualidades, por quien daria aunque negado su vida, pero <sup>que yo jamas conquistaria su alma</sup> ~~su pensamiento~~ <sup>su pensamiento</sup> ~~entonces~~ <sup>entonces</sup> y de mis no formaran nunca una misma idea yo soy la realidad, ella el ideal que jamas alcanzaria. Repito que <sup>cuánto me dolio</sup> me afligió en el fondo del alma, lloré siempre en secreto, ree contumazmente pidiendo a Dios consuelo y resignacion.... <sup>pero</sup> ~~pero~~ al fin el Todo poderoso me ha oido.... no pedi sino a

nuestra santa Religion el consuelo que tanto ne-  
cesitaba, y puedo decirlo con sinceridad no sola-  
mente me encuentro ya resignada sino satisfecha  
con mi suerte y no pido ni deseo más, sino el a-  
pacible cariño de mi esposo y el amor de mis

<sup>Para la mujer el amor es el fondo de la vida la tela que sirve para bordar</sup>  
hijos <sup>sa existencia, para el hombre no hay amor como el que nosotros comprendemos</sup>

"Despues de esta franca confesion no puedo  
decirte sino que medites en lo que te he confiado,  
y no diré que me imites, pues esto seria ~~de~~ dema-  
siao orgullo, sino que procures apoyarte en algo  
que no sea humano y elevar á Dios tus miradas,  
las que no serán perdidas, pues El se complace en  
proteger al que se apoya en él y se conforma con  
su voluntad.

"Me tienes pues, querida amiga á tu disposi-  
cion, ocupame en lo que necesites por estos mundos.  
Escribeme con frecuencia y recibe el corazon de  
tu inalterable amiga  
Eloisa

Sin embargo de los esfuerzos que hizo nuestra  
heroína para resignarse á su suerte sufrió mucho  
en los primeros años de su permanencia en la  
isla de + + +, pero habiendo oprimido sus penas al  
Señor en holocausto <sup>y desagravio</sup> de sus pasadas fallas y

En la mano de Eloisa

debilidades, al fin logró resignarse y ocultar tan completamente sus pesares que recuperó por entero el amor de su marido que ella no había perdido, sino apenas aflojado sobre sus cimientos.

y ~~Acercóse~~ ~~al~~ ~~alma~~.

Sin embargo ~~de~~ su alma no podía olvidar los tiempos en que fue iniciada a los dolores de la vida y recordaba no sin estremecimiento el fin de un poemita de Guillermo Blest Gana que en un tiempo había leído con Ernesto:

" Es un sueño, un poema de tormento,  
De embriaguez y de amor, que el sentimiento  
Entre escombros de penas y placeres  
Grabó con indelebles caracteres

Aquí en mi corazón; es un sonido

Por los ecos de mi alma repetido;

Es algo dulce y tristemente bello

De un sol ya muerto en el postrer destello,

Es enfín un recuerdo de otros días

Que sobre mis pesares y alegrías

Proyecta negras sombras, y a medida

Que adelanto en la senda de la vida

Más las imprime en mi marchita frente,

Como cuando está el sol en occidente

La montaña que sirve de barrera

Enluta con sus sombras la pradera."

## Epilogo.

Hacia algun tiempo que habia escrito y compi-  
lado la relacion que se ha leído, y pensaba publicar,  
la cuando me encontré con un amigo que llegaba del  
Mediterraneo y habia hecho varias excursiones a las  
costas de Grecia y la Rumania; y me hablo' parti-  
cularmente de una visita que habia hecho al Mon-  
te Athos, famoso en la historia de Terjesny; quien lo  
creeva! De esta relacion de mi amigo me dio ma-  
terial para darle a mi novela el epilogo que le fal-  
taba.

Como Todo el mundo sabe, ó debia saberlo, el Mon-  
te Athos forma la terminacion de la península orien-  
tal de la antigua Macedonia y se eleva sobre el nivel  
del mar 5,000 pies ó algo más. Desde los tiempos pre-his-  
tóricos el Monte Athos habia sido lugar favorito pa-  
ra retirarse los filósofos a meditar y estaba aquel lu-  
gar poblado de sitios de recreo cuando llegó la época  
del cristianismo. Poco a poco las casas de heres se

---

(11) Dice Herodote que Terjes hizo cortar el istmo que  
divide el monte Athos de la tierra firme para evitar  
las tempestades que aniquilaban sus flotas al pasar  
por frente al promontorio. Ademas dícese que un ar-  
quitecto adulator habia ofrecido formar en la cima del  
monte una estatua <sup>gigantesca</sup> de Alejandro el Grande con una ciudad  
en la mano.

convirtieron en conventos de frailes griegos y el monte se cubrió con 22 monasterios con sus dependencias y 500 ermitas. Habitan aquel lugar más de 4,000 frailes, y aunque parece que la población ha decaído son aún muy numerosos los frailes que viven austeramente, entregados al trabajo, al estudio y a la oración. Sus principales ocupaciones agrícolas son el cultivo del olivo y la viña y la crianza de las abejas. Además fabrican curiosos objetos de madera esculpida, rosarios, agnus Dei y Santos de diversos tamaños, con lo cual pagaban los crecidos impuestos a los Turcos para tener el privilegio de poseer campanas en las Torres de los monasterios y relojes en sus iglesias.

Entre los privilegios que poseen aquellos frailes tienen uno extrañísimo: la prohibición de todo ser viviente que pertenezca al sexo femenino. No solamente jamás ha pisado el suelo de aquella colonia una planta de mujer, sino que no se permite la introducción de vacas, yeguas, gatas, gallinas ni otro animal femenino. Dicen los que han visitado el Monte Athos, que todos viven felices con esta disposición, introducida desde el principio del cristianismo, y los que han vivido allí desde su más tierna infancia no recuerdan haber visto ~~jamás~~ <sup>nunca</sup> más fisonomía femenina que las pinturas de la Virgen y <sup>de las</sup> de algunas santas.

Nada más bello y pintoresco que la vista de aquel monte perfectamente cultivado y teniendo además algunos bosques en torno de los edificios y variado con las flechas de las torres y las diversas formas de la arquitectura de cada monasterio, según la época en que fué edificado. Además de estas curiosidades naturales y pintorescas del paisaje cada convento tiene una rica biblioteca que encierra cada una gran número de preciosos manuscritos antiguos y obras escasas y aún únicas en el mundo.

Habiendo entrado mi amigo a una de estas bibliotecas con el prior del convento, encontraron en ella a un fraile que parecía enteramente entregado al estudio de un manuscrito viejo. Sin embargo al ruido que hicieron los visitantes al entrar, el fraile se levantó y cubriéndose precipitadamente la cabeza con su capucha, y salió a todo correr por la puerta que tenía más vecina.

- Ese fraile, dijo el prior, - está recién ordenado.

- Parece muy enemigo de sociedad, - repuso mi amigo.

- Sin embargo es un hombre importante y conocido en el mundo como un sabio químico agrícola. Ha sido para nosotros una verdadera adquisición, pues nos han aprovechado mucho los consejos que nos ha dado acerca de la preparación científica de los terrenos y el cultivo de varios granos que nunca

habían prosperado aquí antes.

- ¿Cómo es el nombre del buen fraile en el mundo? preguntó mi amigo.

- El profesor F. x. x. contestó el prior.

¡Era el viudo de Elisa!

Fin.

Bogotá - Diciembre 26 de 1876.



No puedo menos que añadir al fin de esta sencilla narración, la última página que escribiera Elisa antes de morir.

Noviembre 5 - Mi enfermedad se había agravado tanto que Eugenio se alarmó. Bajó a la ciudad trajo los médicos que allí había para que me viesen y como ellos tuvieron la misma opinión que la que él tenía: "que de un momento a otro quedaría muerta", - yo que comprendí todo, dije a Eugenio que lo único que desearía sería que hiciese lo posible para traer a mi lado una de las "Hermanas de la Caridad" - que sabía había pero habían llevado a la isla. El accedió inmediatamente a mi deseo.

¡Pero cuál sería mi sorpresa y mi alegría cuando en lugar de ver llegar a una santa, pero desconocida vi entrar y sentarse a mi lado, a Belén, a la amiga de mi infancia! Ella no había cambiado. Si de niña no había sido bella, ni de joven atractiva, Belén como hermana de la Caridad, era un ángel de hermosura: fresca, rosada, lozana, llena de una santa alegría..... Al principio no me reconoció, pues Eugenio no había ido a traerla personalmente, pero al fin cuando comprendió quién era yo se quedó muda de sorpresa. Quería darme y mandar otra en su lugar, pues por sus votos no deben tener trato ni comunicación con su familia ni sus amigas mundanas, pero yo le rogué tanto, le supliqué con tanta tristeza que no

me abandonara que al fin accedió, pero por pocos días me dijo. Deseo morir lo más pronto ya, para que no me abandone antes de haber cerrado mis ojos a la luz de este mundo en que tanto he sufrido, - he sufrido es cierto, pero por culpa mía; he sido desgraciada, pero yo misma me he buscado la desgracia; mi cruz ha sido pesada hasta agobiarme, - pero yo misma me la labré así.

- Como la dije ayer, hermana mía, conservas era juventud, esos colores de salud y ese aire de contento en medio de tantas miserias, dolores, insonnias, padecimientos físicos y tantas incomodidades y penalidades que te cercan sin cesar? Cual es tu secreto?

- Ah! querida Elisa, - el secreto lo tiene Dios que nos protege, nuestra conciencia que nos ayuda, y la falta completa de pensar en nuestra persona. El egoísmo envejece, el amor puro a Dios y a sus criaturas rejuvenece.

- Ah! tienes razón, contesté, si en lugar de pasar largos años ahondando mis recuerdos y echando la culpa a los demás de mis propias faltas hubiera pensado más en mi Dios y en su culto, en mis hermanos y en sus penas, cuanto más feliz hubiera sido ó por lo menos mucho menos desgraciada!

- Tu Elisa, me contestó, buscabas alivio en la forma, en la vida exterior del alma, en las bellezas físicas de la naturaleza y no pedías a Dios amor, amor hacia él: único consuelo en el mundo para toda pena, verdadero

balsamo y remedio a todas las heridas que se reciben en el combate de la vida.

- Solo tu, Belen, sapiente escoger la senda que conduce a la felicidad..... Sin embargo las demas no han sido desgraciadas como yo, porque han sabido resignarse, inclinarse la cabeza y acomodarse a su suerte; Has vuelto a ver a alguna de nuestras condiscipulas?

- Solo a una de ellas.

- A quien?

- A Clemencia; y en circunstancias bien amargas para ella.

- ¿Seria imprudencia preguntarte cuales eran?

- No, - porque si creyera que no debia referirte esto no lo haria. Sucedió ahora unos diez años que habiendo ido a la ciudad de xxx, (cerca de la nuestra, como te acordaras), con otras companeras a cuidar de los hospitales de colericos, por haberse declarado aya la epidemia con furor en aquel lugar, - me llamaron una madrugada a que fuera a una casa en que se moria una mujer de aquel mal, la que estaba tan grave que no se habian atrevido a sacarla de allí. Encontré a Clemencia moribunda....

- Estaba en la miseria; la desgraciada? exclame.

- No, - repuso Belen. Al contrario parecia gozar de grandes comodidades. En breve conocí que su enfermedad no era el colera y que tenia todos los sintomas de envenenamiento. Preguntéle que habia tomado y me dijo aun

- que

con repugnancia. Yo le avisé al médico y con las aplicaciones que se le hicieron se mejoró. Comprendí que la infeliz sufría moralmente mucho y la pregunté por su marido. Me dijo que se había temido que separar de él porque la trataba tan mal que apesar del loco amor que le profesaba siempre, le había sido imposible seguir a su lado, - pero que cuando comprendió que definitivamente jamás le volvería a ver en su casa había sido tal su desesperación que había apelado a tomar veneno. Preguntéle si no tenía familia. Me contestó que dos niñas que estaban en un colegio en aquella ciudad, en donde las había puesto para que no presenciaran los disgustos continuos que tenía con Ernesto que jamás había tenido por ella el menor cariño. - Y sin embargo se quería matar! repuse yo, sorprendida de que no se admirase Belén.

- Se quería matar amiga mía, - porque ya no era dueña de sí misma. Su pasión por aquel hombre había llegado hasta la monomanía, hasta la locura. Clemencia no estaba en su juicio, como sucede cuando el alma no abriga sino amor terrenal, cuando Dios no inspira nuestros afectos y cuando nos dejamos llevar por el viento de las inclinaciones y pasiones mundanas.

- ¿Qué ha sido de ella?

- No lo sé a punto fijo, pero entiendo que se volvió a unir a su marido.